

LA NOVELA
TEATRAL

20 cts.

Margarita Xirgú

La Tempestad

¡Zarzuela en tres actos

Miguel Ramos Carrión

Xirgú
1918

JT - F 2846



LA NOVELA TEATRAL

Complemento de La Novela Corta

Director: José de Urquía.

Para que el lector juzgue la importancia de esta Revista, transcribimos a continuación la lista de

OBRAS PUBLICADAS

- 1 TRATA DE BLANCAS.--Felipe Trigo.
- 2 LA SOBRINA DEL CURA.--C. Arniches.
- 3 EL MÍSTICO.--Santiago Rusiñol.
- 4 LOS SEMIDIOSOS.--Federico Oliver.
- 5 LAS CACATUAS.--Casero y G. Alvarez.
- 6 EL LOBO.--Joaquín Dicenta.
- 7 CHARITO, LA SAMARITANA.--Torres del Alamo y Asenjo
- 8 EL VERDUGO DE SEVILLA.--García Alvarez y Muñoz Seca.
- 9 TODOS SOMOS UNOS.--J. Benavente.
- 10 EL REY GALAOR.--F. Villaseca.
- 11 LA CASA DE QUIRÓS.--C. Arniches.
- 12 FUCAR XXI.--Muñoz Seca, García Alvarez y Pérez Fernández.
- 13 EL RÍO DE ORO.--Paso y Abati.
- 14 SOBREVIVIRSE.--Joaquín Dicenta.
- 15 ALMA DE FLORES.--Arniches y García Alvarez.
- 16 EL CARDENAL.--L. Rivas y Reparaz.
- 17 EL FOBBE VALBUENA.--Arniches y García Alvarez.
- 18 EL HOMBRE QUE ASESINÓ.--Traducción de Antonio Palomero.
- 19 LAS ESTRELLAS.--Carlos Arniches.
- 20 DOLORÉTES.--Carlos Arniches.
- 21 LA SEÑORITA DE TREVELEZ.--Carlos Arniches
- 22 SERAFINA LA RUBIALES.--Torres del Alamo y Asenjo.
- 23 ABEN-HUMEYA.--Francisco Villaseca.
- 24 EL SEÑOR FEUDAL.--Joaquín Dicenta.
- 25 LA ETERNA VICTORIA.--Felipe Trigo.
- 26 JIMMY SAMSON.--Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 27 LOPEZ DE CORIA.--Muñoz Seca y Pérez Fernández
- 28 LA GIOCONDA.--G. d'Annunzio. Traducción de Francisco Villaseca
- 29 PRIMAVERA EN OTOÑO.--Martínez Sierra.
- 30 EL RIMEN DE AYER.--Joaquín Dicenta
- 31 EL MISTERIO DEL CUARTO AMARILLO.--Traducción de Gil-Rodrigo.
- 32 FRANC-FORT.--Vital Aza.
- 33 LA REBOTICA.--Vital Aza
- 34 LA PRESURA DE LAPUENTE.--García Alvarez y Muñoz Seca.
- 35 PRIMEROSÉ.--Traducción de José Ignacio de Alberti.
- 36 CIENCIAS EXACTAS.--Vital Aza.
- 37 DOÑA MARIA DE PADILLA.--F. Villaseca.
- 38 RAPLES.--Traducción A. Palomero.
- 39 LA PRAVIANA.--Vital Aza.
- 40 EL GRAN TACAÑO.--Paso y Abati.
- 41 MIRANDOLINA.--Cristóbal de Castro.
- 42 GENIO Y FIGURA.--Arniches, Abati, Paso y García Alvarez.
- 43 LA GENTUZA.--Carlos Arniches.
- 44 LA VILJECITA.--Miguel Echegaray.
- 45 PARADA Y FONDA.--Vital Aza.
- 46 LA ALEGRIA DE LA HUERTA.--Paso y García Alvarez.
- 47 PETIT-CAFÉ.--Tristan Bernard.
- 48 LOS NOVELEROS.--Edmond Rostand.
- 49 ELECTRA.--Benito Pérez Galdós.
- 50 TIQUIS MIQUIS.--Vital Aza
- 51 EL ÚLTIMO BRAVO.--G. Alvarez y Muñoz Seca.
- 52 LA MARCHA DE CADIZ.--García Alvarez y Lucio.
- 53 DOÑA PERFECTA.--Benito Pérez Galdós.
- 54 LA TIZONA.--Godoy y Alarcón.
- 55 MIQUETTE Y SU MAMA.--Robert y Callvet.
- 56 LOS CUATRO ROBINSONES.--Muñoz Seca y García Alvarez.
- 57 LOS GEMELOS.--Tristan Bernard.
- 58 LA LOCA DE LA CASA.--Benito Pérez Galdós.
- 59 GIGANTES Y CABEZUDOS.--Miguel Echegaray.
- 60 DANIEL.--Joaquín Dicenta.
- 61 EL CHICO DEL CAFEIN.--Torres del Alamo y Asenjo.
- 62 REALIDAD.--Benito Pérez Galdós.
- 63 LA SUELA DE ARMAS.--Vital Aza.
- 64 PASTOR Y BORREGO.--García Alvarez y Muñoz Seca.
- 65 LA LEONA DE CASTILLA.--Francisco Villaseca.
- 66 DOÑA CLARINES.--Alvarez Quintero.
- 67 LA NOCHE DE REYES.--Carlos Arniches
- 68 LOS CADETES DE LA REINA.--Julian Moyrón.
- 69 AMOR DE ARTISTAS.--Joaquín Dicenta
- 70 EL TERRIBLE PEREZ.--Arniches y García Alvarez.
- 71 EL PATIO.--Alvarez Quintero.
- 72 LA TEMPRÁNICA.--Julian Romea.
- 73 TRAMPA Y CARTON.--Muñoz Seca y Pérez Fernández.
- 74 LA CORTE DE FARAON.--Errin y Palacios.
- 75 LA ESCONDIDA SENDA.--Alvarez Quintero.
- 76 EL DUO DE LA AFRICANA.--Echegaray.
- 77 AURORA.--J. Dicenta.
- 78 EL FRESCO DE GOYA.--Arniches y García Alvarez.
- 79 EL NIÑO JUDIO.--García Alvarez y Paso.
- 80 LA MANTA ZAMORANA.--Errin y Palacios.
- 81 PEDRO JIMENEZ.--Errin y Palacios.
- 82 LA DE SAN QUINTIN.--Pérez Galdós.
- 83 EL METODO GORRITZ.--Arniches y García Alvarez.
- 84 EL NOVENO MANDAMIENTO.--Ramón Castrón.

T. 95290

C. 777604

R. 161906



LA TEMPESTAD

MELODRAMA EN TRES ACTOS, ORIGINAL DE

MIGUEL RAMOS CARRIÓN.

PERSONAJES

ANGELA.-ROBERTO.-MARGARITA.-UNA ALDEANA.-SIMÓN.-BELTRAN.-
MATEO.-EL JUEZ.-EL PROCURADOR.-UN PESCADOR.-MARINERO 1.º-IDEM 2.º

Mujeres del pueblo, marineros y pescadores.—La acción en un puercecito de Bretaña, en los primeros años del siglo XIX.

ACTO PRIMERO

Sala baja en la hostería de Simón, con bancos y mesas de madera tosca. A la derecha, escalera practicable que conduce a una galería de cristales que da paso a las habitaciones del piso alto. Puertas a derecha e izquierda y puerta y ventana grandes al fondo por las cuales se ve la playa y rocas que cierran el fondo en declive de izquierda a derecha. En la sala, a la derecha, en una hornacina, una imagen de la Virgen. A la izquierda el mostrador y detrás aparador alto con botellas, jarras y vasos.

Al levantarse el telón oyense el aguacero, los truenos y el viento huracanado. La luz de los relámpagos ilumina de vez en cuando la playa, reflejándose en los cristales de la galería. Las mujeres, con algunos niños, rezan arrodilladas ante la Virgen, y sobre las rocas de la playa algunos marineros tiran de un largo cable.

MUJ. Estrella de los mares,
que brillas en la altura,
potente y limpio faro
de luz celeste y pura,
del triste navegante
el rumbo incierto guías
y amparo presta al naufrago.
¡Virgen María!

Marineros dentro imitando el grito con que
acompañan sus maniobras de fuerza

¡Ohí-eohí!
Amarra ese cable
y boga hacia aquí,
¡Ohí-eohí!

(Truenos y relámpagos.)

MUJ. Del misero que llora,
consuelo esperanza,
que brillas entre nubes
cual iris de bonanza,
aplaca de los mares
la cólera bravía
y enjuga nuestras lágrimas.
¡Virgen María!

MAR. ¡Ohí-eohí!
Si bogas con fuerza
te salvas aquí.
¡Ohí-eohí!

La tempestad se aleja poco a poco. Las
mujeres se levantan y van hacia la puerta
la ventana, desde donde miran con ansie-
dad la maniobra de los Marineros.)

MUJ. ¡A la anhelada orilla

todos llegando van!
¡Gracias, oh, Virgen Santa,
ya en tierra están!

(Prepáranse para recibir a los Marineros.)
Dichas, Mateo que entra brincando y luego
coro de marineros.

MAT. La carga y el pasaje
salváronse por fin
y libre ya en la orilla
se mece el bergantín.
Ahí llegan los valientes,
que a fuerza de luchar
no sé cómo han logrado
que no los trague el mar.

(Entran los marineros con los trajes moja-
dos. Abrazan a las mujeres y a los niños.)

MAR. Tras la penosa
ruda faena,
justo es que un trago
nos fortalezca.
Tráenos, Mateo,
ron o Ginebra,
que a nuestra sangre
calor devuelva.

MUJ. Tráeles, Mateo,
ron o Ginebra,
que al frío cuerpo
calor les vuelva.

MAR. Bebamos, sí, bebamos,
MAT. Bebed, bebed,
que bien, valientes,
lo merecís.

MAR. ¡Bebamos todos!
MUJ. ¡Bebamos, pues!
MUJ. ¡Bebed, bebed!
(Beben todos después de chocar los vasos)
MAT. (A las mujeres que le rodean.)
Para ser marinerito
no he nacido yo;
hombre soy de tierra firme,
pero de agua no.
Me embarqué por broma un día
en que fui a pescar,
y pesqué sólo un mareo
más que regular.

De pensarlo sólo
no sé qué me dá,
CORO ¡Ja, ja, ja! (Haciéndole burla.)

MAT. Tengo todo el cuerpo
alterado ya. (Como mareado.)

CORO ¡Ja, ja, ja!
sólo al recordarlo
alterado está;
por temor al agua
no se lavará.

MAT. ¡Ja, ja, ja!
Del horror que tengo al agua
puedo asegurar
que si no hay otro diluvio
yo no me he de ahogar.
Y de fijo, aun cuando lo haya,
yo me salvaré
si para los animales
hay otro Noé.

¡Con el balanceo
qué sudor me dá!

CORO ¡Ja, ja, ja!

MAT. De pensarlo sólo
estoy malo ya.

CORO ¡Ja, ja, ja!
puede asegurarse
que no se ahogará.

¡Ja, ja, ja!
Sólo de pensarlo
mareado está.

¡Ja, ja, ja!

Dichos, Roberto en traje de pescador, Mar-
garita que sale por la puerta derecha.

MAR. (Que abren el paso al verle.)

Aquí está el mancebo
valiente y audaz
que sabe a los mares
la presa arrancar.
Hoy todos anhelan
tu mano estrechar
y de camarada
el nombre te dan.

Rob. Mil gracias, amigos,
(Estrecha la mano de todos.)

MAT. (Ofreciéndole su vaso.)

Un trago por mi.

MUJ. ¡Es ya todo un hombre!

ROB. ¡Pues claro que sí!

TODOS Honor al mancebo
valiente y audaz,
que sabe a los mares
la presa arrancar.

ROB. Hijo soy del mar salobre
y una barca fué mi cuna.
¿Qué me importa a mi ser pobre
si él me brinda una fortuna?
Las riquezas de su fondo
yo, atrevido, he de buscar,
que en su seno, turbio y hondo,
mil tesoros guarda el mar.

¡Que airado el viento ruja,
y silbe en derredor;
que, roto el mástil, cruja
al golpe destructor;
que estalle la tormenta,
que brome el huracán,
ni el rayo me amedrenta,
ni temo a la mar.

CORO ¡Que estalle la tormenta,
que brome el huracán,
ni el rayo le amedrenta,
ni teme a la mar!

ROB. De la mar al golpe blando,
que la borda con su espuma,
mi barquilla va bogando
más ligera que una pluma.
Mientras yo dejando el remo
perezoso descansar,
voy tranquilo y nunca temo
las traiciones de la mar.
Que, airado, el viento ruja, etc.

CORO. Que estalle la tormenta, etc.

HABLADO

MAR. 1.º ¡Bravo, muchacho!

MAR. 2.º Es un hombre!

PES. Hoy bien ha probado serlo.

MAR. 1.º ¡A tu salud!

ROB. Vaya en gracia.

MAT. (Ofreciéndole un vaso.)

¡Bebe otro trago!

ROB. Lo acepto.
Ya que me mojé por fuera,
justo es mojarme por dentro.

MAR. 1.º Y que el chapuzón fué grande.

MAR. 2.º ¿Que si lo fué? ¡Ya lo creo!

MAR. 1.º Bien se ha trabajado, bien,

PES. Y gracias a los esfuerzos
de todos, el bergantín
fondeado está en el puerto,
los tripulantes en salvo
en tierra los pasajeros,

la carga sin averías,
y el capitán satisfecho.
MAT. No sé cómo hay quien se em-
[barque
para correr tales riesgos.
¡Dios nos libre de la mar!
PES. ¡Habrás visto zopenco!
MAT. ¡Pues me gusta!
ROB. Se conoce
que tú eres de tierra adentro.
MAT. Lo más adentro posible.
No ví más agua en mi pueblo
que la de un arroyo chico
que en el verano está seco,
y que lleva, cuando más,
tres cuartillos en invierno.

PES. (A Roberto.)
Y el bergantín, que pensábamos
que había entrado en el puerto
por arribada forzosa...

ROB. Claro está.
PES. Pues nada de eso.
Venía para dejar
en tierra a ese pasajero
que has salvado tú y que dicen
que del bergantín es dueño.

ROB. (A Margarita.)
¿Cómo sigue?

MAR. Está bien;
ha dormido. Hace un momento
ya quería levantarse,
pero Angela se ha opuesto.

Margarita y Mateo.

HABLADO

MAT.—Ese muchacho no es un muchacho, es un salmonete.

MAR.—Ea, voy a ver cómo sigue el naufrago.

MAT.—A estas horas estaría con la barriga bien hinclada si no hubiera
sido por el arroyo de Roberto.

MAR.—Eso dicen todos.

MAT.—¡Si le hubierais visto! No hay oro con qué pagar un valor seme-
jante. Un golpe de mar había arrebatado al pasajero de la cubierta del ber-
gantín, y aunque se conoce que es buen nadador, sea por la fuerza del oleaje,
que era terrible, sea porque el deseo de conservar la caja que llevaba bajo el
brazo sólo le permitía nadar con uno, es lo cierto que vimos al hombre des-
aparecer desfallecido entre las olas. Gritamos todos, pero ninguno se atrevía
a salvarle. Tirarse al agua era perecer con él. De pronto, ese muchacho se
ata por aquí (Señalando debajo de los brazos.) un calabrote, lánzase al mar con
una bravura de que no hay ejemplo, y después de hundirse muchas veces, le
vimos llegar a tierra nadando jadeante y remolcando con su propio cuerpo el
del otro, que apenas pisó la arena cayó sin sentido y medio muerto. Prorrumpi-
mos todos en vitores y palmadas, y yo os aseguro que no había ojos que no
llorasen y que... al recordarlo ahora, se me llenan de agua los míos.

MAR.—¡Valiente es el mozo! Bien merece que Angela le quiera.

MAT.—¡Ya lo creo! Pero veréis en lo que para tal amor. El día que el se-
ñor Simón lo descubra, se armará aquí la de Dios es Cristo. Et soñará, en su
avaricia, casar a la muchacha con algún ricachón que le traiga montes de oro.

MAR.—¡Pues hará mal!

ROB. ¿Está a su lado?

MAR. Sí.

ROB. Entonces...

MAR. ¿Qué?

ROB. Volveré a verla luego

MAR. ¿Quieres que la llame?

ROB. No.

MAR. Cuando sepa lo que has hecho,
qué orgullosa va a ponerse.
ROB. ¡Bah! ¿Qué vale todo ello?

Me voy a ver a mi madre,
que estará inquieta,
que me haya ocurrido algo,
y antes que anochezca vuelvo.
¡Felices tardes!

PES. Espera.

Vamos con él, compañeros;
sepa la infeliz baldada
que dejó aquí un heredero
digno en todo de su nombre,
su padre, que está en el cielo.

TODOS. Vamos, sí.

MAR. 1.º Bien lo merece.

ROB. ¡Oh, gracias! (Conmovido.)

MAR. 1.º ¡Viva Roberto!

(Dan todos un viva, y hombres y mujeres
siguen a Roberto, que se va por el foro.)

MÚSICA

Honor al mancebo
valiente y audaz
que sabe a los mares
la presa arrancar.

MAT.—¡Claro que sí! Más encantadora pareja no puede juntarse.

JUEZ.—(Entrando acompañado del procurador.) Buenas tardes.

MAR.—Felices, señor Juez; bien venido, señor Procurador.

MAT.—(Pajarracos de mal agüero.)

MAR.—¿Cómo es esto? Yo os hacía ya camino de Ploermel.

JUEZ.—La carretera se ha puesto intransitable con la lluvia, y preferimos esperar a mañana para emprender el viaje.

MAR.—Bien pensado; pero os aconsejo que lo hagáis por la mañanita, pues a la tarde es casi seguro que volverá la tormenta.

PRO.—¿Sí, eh?

MAR.—Ocurre en estos países montañosos. Generalmente siete días seguidos, y a la misma hora, poco más ó menos, se reproduce la tempestad.

JUEZ.—Pues es divertido. (A Margarita.) Venga un jarro de cerveza. ¿No os parece bien, señor Procurador?

PRO.—Aceptado.

MAR.—Mateo, sirve a estos señores. (Se sienta en primer término y Mateo les sirve.) ¿Y cuando tendremos el honor de volver a veros por aquí?

JUEZ.—Pronto acaso. El pueblecillo es muy pintoresco, y tal vez con mi familia venga a pasar las vacaciones veraniegas.

MAR.—Mucho lo celebraremos.

JUEZ.—Si antes mi deber no me obligase de nuevo a visitaros.

MAR.—¡Dios no lo quiera! Aterrado está el pueblo de haber visto la ejecución. Es la vez primera que se ha levantado aquí el cadalso. ¡Pobre hombre!

JUEZ.—Bien hacéis en compadecer al delincuente; pero la justicia ha cumplido con su deber.

MAR.—¡Ya lo creo! ¡Con qué menos que con la vida podía pagar ese hombre, que mató a su esposa en un arrebato de cólera, sin más motivo que una cuestión de esas que hay todos los días en los matrimonios!

MAT.—Por eso yo no me caso.

MAR.—A mi amo le han hecho tal impresión el crimen y la ejecución de la sentencia, que piensa, según dice, condenar la puerta de la estancia que ha servido de prisión al reo, y derribar los tabiques para que no quede ni memoria del sitio.

PRO.—Verdaderamente debían habilitar en el pueblo una casa cualquiera para que sirviese de cárcel. Es raro que con tantos vecinos no la tenga.

MAR.—Ni falta que nos hace, señor. Felizmente en toda mi vida no recuerdo que se haya cometido más crimen que el expiado ayer por ese infeliz.

JUEZ.—De otro bien horrible me han hablado, que por cierto quedó impune.

MAR.—¡Ah, sí! Pero de eso hace ya muchos años, y como no se dió con el asesino, la cárcel no fué necesaria.

JUEZ.—Ayer me lo refirió el señor cura.

PRO.—¿Y qué fué ello?

JUEZ.—Un asesinato cruel; con circunstancias bien extrañas por cierto.—Figuráos que hará unos veinte años llegó a este pueblo un comerciante que regresaba de la feria de Ploermel y alojóse en esta misma hostería. Según los que le vieron, traía mucho dinero ganado en la feria, donde vendió todas sus mercancías, y pensaba embarcarse para la Gascuña, su país. La mujer se le había muerto en el viaje, y llevaba consigo una niña muy pequeña.

PRO.—¡Pobre criatura!

JUEZ.—Pasó aquí el día, hasta que al anoecer se desató una tempestad más grande que la de hoy; pues que duró hasta la madrugada.

MAR.—Es muy cierto; lo recuerdo perfectamente.

JUEZ.—El barco en que había de ir el comerciante, debía darse a la vela aquella noche, y él deseoso sin duda de aguardar a bordo el momento de marchar en cuanto el tiempo serenase, salió de aquí con la niña, apenas anochecido, resguardándose de la lluvia y llevando un maletín con el dinero. A la mañana siguiente, los primeros que bajaron a la playa lo encontraron muerto so-

pre la arena, con cinco puñaladas en el pecho y despojado de cuanto llevaba. La criatura dormía junto al cadáver de su padre.

PRO.—¡Qué horror! ¿Y no se supo quién había sido el infame?

MAR.—Sí, señor.

JUEZ.—Un mozo de este pueblo, huérfano de padre y madre, vago de oficio, pendenciero y mala cabeza, que debía embarcarse aquella noche para las Indias, a donde iba en busca de fortuna.

MAR.—Exactamente.

JUEZ.—Por la tarde estuvo bebiendo aquí, y según dicen, vió al comerciante que contaba su dinero. Le cegó la codicia sin duda; esperó a que saliera, y aprovechándose de la oscuridad de la noche, le asesinó, robándole luego, y se embarcó en el buque, que zarpó al romper el alba, cuando ya estaba en calma la mar y aún se ignoraba el crimen.

PRO.—Todas las circunstancias en su favor. Pero, ¿cómo se averiguó que fuera él?

JUEZ.—Un cuchillo que dejó clavado en la herida y que era suyo, sus malos antecedentes y mil otras pruebas que fueron hallándose en el curso del proceso convencieron al tribunal que le condenó a muerte en rebeldía.

MAR.—Sí, señor; y en vano se enviaron requisitorias en su busca. El capitán del buque que lo llevó dijo que había desembarcado no sé dónde... y hasta hoy. No han vuelto a tenerse más noticias.

JUEZ.—Acaso haya pagado por allá su crimen.

PRO.—¿Y la hija del asesinado?

JUEZ.—¡Ah! ¿No sabéis quién es?

PRO.—Yo, no.

MAR.—Angela, la ahijada de mi amo.

PRO.—¿Esa linda joven que nos ha servido a la mesa estos días?

JUEZ.—Esa.

MAR.—El señor Simón, compadecido de ella, la prohió y se la trajo con él.

PRO.—Acción meritoria digna de un hombre tan honrado.

MAR.—Y no parece sino que la bendición de Dios vino sobre la casa desde que la niña entró en ella. Hasta entonces el señor Simón había vivido humildemente con lo poco que le daba la hostería; pero desde que tuvo a su lado ese ángel del cielo, los negocios le fueron mejor, y ganando, ganando, ha llegado a ser el más rico del pueblo.

JUEZ.—¿Sí, eh?

MAT.—¡Ya lo creo! Sacando las entrañas a todos los infelices que necesitan dinero y se lo piden prestado.

MAR.—¡No digas eso! El hace muchos beneficios.

MAT.—Sí; por eso le aborrecen todos.

JUEZ.—Es muy frecuente pagar los favores con la ingratitud.

MAT.—Si tiene una avaricia que lo consume.

MAR.—Debieras ser más tolerante con los defectos del amo que te da el pan.

MAT.—Si me lo regalara justo que sí; pero como trabajo más que puedo para ganar una miserable soldada...

MAR.—Basta de murmuración.

JUEZ.—Pues él avaro será, y de ello tiene ciertamente fama por el pueblo, según he oído, pero no lo demuestra el hecho de haber levantado a expensas suyas esa ermita que esta mañana visitamos, dedicada al Arcángel San Miguel.

MAR.—En ruinas estaba, y él la reedificó, gastándose en ello muy buenos doblones.

MAT.—Yo creo que no lo hizo por devoción al santo, sino al demonio que tiene a los pies.

MAR.—Quita de ahí, mala lengua.

MAT.—¡Claro, como que digo las verdades!

JUEZ.—(Levantándose.) ¿Y por dónde anda el señor Simón?

MAT.—Está encerrado en su cuarto, como siempre que hay tormenta;

JUEZ.—¿Es posible?

PRO.—¿Cómo es eso?

MAT.—Le produce tal espanto, que apenas oye los primeros truenos se esconde atemorizado, pálido y lleno de terror.

JUEZ.—¡Es extraño en un natural de este país, donde las tempestades son tan frecuentes!

MAT.—Pues no sale de su habitación aunque lo maten hasta que el cielo se serena. Y todo eso es pequeñez de alma. A mí, como la tengo tan grande, no hay nada en la tierra que me asuste.

MAR.—¡Qué valiente! ¡Y no se atreve a embarcarse de miedo a la mar!

MAT.—Por eso digo que no me asusta nada *en la tierra*. Con el agua no quiero bromitas.

JUEZ.—Vamos arriba, señor procurador, y guardaremos todos aquellos papelotes.

PRO.—Como gustéis.

JUEZ.—Cuando sea hora, que nos suban la cena. Hoy nos acostaremos temprano, y mañana, siguiendo vuestro consejo, emprenderemos de madrugada nuestro viaje.—¡Ah! No os dividéis de enviarme la cuenta de nuestros gastos.

MAT.—El amo ha dado orden de que no se os cobre nada.

JUEZ.—Extraordinaria generosidad! Y luego dirán que el señor Simón no es desprendido.

MAT.—¡Ah! Sí. Siempre hace lo mismo con la gente de justicia. En la casa no se cobra nunca ni aun lo que beben los gendarmes cuando pasan por el pueblo.

JUEZ.—Exagerada consideración a los representantes de la ley.

MAT.—¡Sí! (O miedo.)

JUEZ.—(Al procurador.) ¡Vaya, si se empeña en no cobrarnos el hospedaje, haremos cualquier obsequio a su ahijada.

PRO.—Como dispongáis.

JUEZ.—Quedad con Dios. (El Juez y el Procurador suben las escaleras y entran.)

MAR.—Con él vayáis, señores.—Tú anda a poner en orden la bodega en tanto que yo veo cómo sigue el naufrago. Y guárdate otra vez de hablar delante de gente como lo has hecho de nuestro amo.

MAT.—Está bien; cerraré el pico; pero lo que es para mí, ese viejo es un bribón de siete suelas. Así, clarito. (Vanse Mateo y Margarita.)

Simón, que abre la puerta izquierda de la galería, sale a ésta, observa el cielo a través de los cristales y baja luego lentamente a la escena. (MÚSICA)

La lluvia ha cesado,

aléjase el trueno:

el cielo nublado

se torna sereno.

Pasó la tormenta,

la mar está en calma;

¿por qué tan violenta

se agita mi alma?

¿Por qué, por qué—¡ay de mí—

eternamente ruje

la tempestad aquí?

(Portiéndose la mano sobre el corazón.)

La luz de los relámpagos,

que rápida fulgura

con resplandor fatídico

me llena de pavora,

y escucho de la víctima

los ayes exhalar

del aire entre las ráfagas

que gimen al pasar.

Hirviendo se alza indómito

el mar embravecido,

suspenso deja el ánimo

su aterrador mugido.

¡Y el trueno derrumbándose,

me dice desde allí

que Dios su justa cólera

desata contra mí.

(Tembloroso y aterrado se deja caer sobre uno de los bancos.)

Ya el trueno apagado

más lejos resuena;

el viento ha callado,

la mar se serena.

Volvió la alegría;

renace la calma;

lo mismo que el día.

serénase el alma.

¿Por qué, por qué temblar?

El cielo está sin nubes,

azul está la mar.

¿Por qué temblar?

Apenas ha salido por el foro aparece

la puerta Roberto, que se detiene allí,

viéndole marchar. Cesa la música.)

Roberto; luego Angela. (HABLADO)

Rob. Marchóse el viejo. ¡Bien haya esa ocurrencia bendita!

Se dirige hacia la ermita...

irá a rezar. ¡Con Dios vaya!

Ang. ¡Roberto!

Rob. ¡Gracias a Dios

que al fin me veo a tu lado!

Mira, el viejo se ha marchado,

solos estamos los dos.

La ocasión tan esperada

llegó de poderte hablar...

Ang. No te debiera escuchar;

me tienes muy enojada.

Rob. ¿Enojada tú? ¿Por qué?

y yo que tan satisfecho...

Ang. Porque sé lo que hoy has hecho.

Rob. ¿Qué sabes?

Ang. Todo lo sé.

Roberto, fué una imprudencia.

Si acaso mueres allí.

¿qué hubiera sido de mí?

Rob. ¡Pues me gusta la ocurrencia!

Dirjas seguramente

en medio de tu dolor:

¡bien merecía mi amor!

se portó como un valientel

Ang. Tu noble audacia y tu brío

yo ver tranquila no puedo.

Rob. ¿Cómo he de tenerle miedo

al mar que es amigo mio?

Junto a su orilla nací,

en sus rocas me crié,

con sus arenas jugué,

sobre sus olas crecí.

Cuando mi niñez corría,

aun con la mar dura y brava,

yo a mi padre acompañaba

alegre en la pesquería.

y mi mano pequeñuela,

supo en mas de una ocasión

mover el tosco timón

y amainar la hinchada vela.

A bordo aprendí a rezar,

y más alto a Dios comprendo

su inmensa grandeza viendo

en la grandeza del mar.

Allí, escuchando el rumor

de su oleaje espumoso,

sentí el dulce y misterioso

primer impulso de amor.

Sobre el hirviente océano,

en dura tabla tendido,

y por sus olas mecido

en las noches de verano,

contemplando las estrellas

el sueño al fin me rendía

y a veces... me parecía

que te divisaba entre ellas.

Ang. ¡Roberto!

Rob. Bien mío, dí, a)

¿por qué de mí estás quejosa?

Ang. ¡Fonto! Si estoy orgullosa

de que me quieras así.

¡Oyéndoles relatar

tu arrojo y tu valentía,

entre el miedo y la alegría

cuánto me has hecho llorar.

Rob. ¿Y el naufrago?

Ang. Lo he dejado

hace un momento dormido.

Y ya le dije que ha sido

mi novio quien le ha salvado.

Rob. No has hecho bien.

Ang. ¿Por qué no?

cualquiera se lo diría...

Rob. ¿Qué necesidad tenía

de saber que he sido yo?

Ang. En ninguna, mas yo sí!

Eres un valiente y quiero

que lo sepa el mundo entero;..

¡Y que lo sepa por mí,

MÚSICA

Rob. ¡Angela mía!

mi dulce encanto!

Ang. ¿Por qué, Roberto,

te quiero tanto?

Rob. Tú eres mi vida.

Ang. Tú mi tesoro.

Rob. ¡Cuánto te quiero!

Ang. ¡Cuánto te adoro!

Rob. ¡Tú no me quieres

como yo a tí!

Ang. ¡Ay! ¡Demasiado

sabes que sí!

(Roberto va a abrazarla.)

Ang. Por Dios, no venga el viejo.

Rob. No viene, no.

(En un arranque de energía.)

Y si viene le digo que adoro

y se acabó.

¿Cuándo, dulce paloma

lucirá el día

en que pueda llamarte

esposa mía?

ANG. ¿Cuándo será el momento tan venturoso en que pueda llamarte querido esposo?

ROB. ¡Porque ello al cabo hemos de ser, yo tu marido, tú mi mujer!

ANG. Pues si ello tiene que suceder, que sea lo antes que pueda ser. (Con ingenuidad.)

LOS DOS Cuando eso llegue a suceder, ¡oh, qué dichosos podremos ser.

ANG. Cuando en las noches del estío azul y blanca esté la mar, juntos iremos dueño mío, a navegar.

Allí en alegres barcarolas, cantar podremos nuestro amor, entre el arrullo de las olas halagador.

ROB. ¡Con cuánto afán que llegue a- (slo.

el dulce instante en que cruzar preso en tus brazos, ángel mío, la verde mar.

Yo escucharé tus barcarolas, alegre cántico de amor, entre el arrullo de las olas murmurador.

ANG. ¡Solos, en medio del ancho mar, qué dulces noches se pasarán.

ROB. Cuando te lleve sobre la mar, ¡oh! ¡qué orgullosa mi barca irá! Tú con un remo, con otro yo, así abrazados bogar los dos.

(Cogiéndola con el brazo derecho, por la cintura, mientras con la misma mano izquierda figura remar. Angela hace lo mismo.)

ANG. Tú con un remo, con otro yo, etc.

(A la última nota del dúo, Roberto estrecha a Angela entre ambos brazos, a tiempo que aparece en la puerta del foro, Simón.)

HABLADO

SIM. ¡Oh! ¿qué es esto?

ROB. Y ANG. ¡Ay! (Separándose.)

SIM. ¡Vive Dios!

¡Hase visto el atrevido!
(¿Cómo yo no he comprendido que se querían los dos?)

(Indica a Angela en un ademán que se retire. Ella se va por la derecha.)

ROB. Señor... yo...

SIM. Silencio, vete, y no vuelvas por acá. ¡Pues me gusta! ¿Qué se habrá figurado el mozalbeta?

ROB. Oídmeme.

SIM. ¡Y aún se propasa; Haz el favor de marcharte y no me obligues a echarte a puntapiés de mi casa.

ROB. ¡Eh! Poco a poco, eso no.

SIM. Yo por tu bien te lo aviso.

ROB. Para eso fuera preciso que lo tolerase yo.

SIM. ¿Qué?

ROB. Porque sois un anciano vuestras palabras oí, pero os advierto que a mí nadie me amenaza en vano.

SIM. ¡Hola! (Que Dios me dé calma.)

ROB. Ya no he de negarlo, no; Angela me quiere, y yo la adoro con toda el alma.

SIM. (Conteniéndose.)

No la crié para tí, y te aconsejo, rapaz, si quieres vivir en paz, que no vuelvas por aquí.

ROB. ¿No verla más? ¡Ah, señor! Mil veces morir prefiero.

SIM. Está dicho, yo lo quiero y haré que acabe este amor...

ROB. ¡Como si pudiera ser!

SIM. Antes la mato. ¡Hola, hola!

ROB. (Con decisión.)

Y Angela es huérfana y sola y libre para que sea.

SIM. ¡Vive Dios! Desventurado, ¿qué es lo que diciendo estás?

¿No sabes que la amo más que si la hubiera engendrado?

¿No sabes que es el profundo amor que por ella siento el único sentimiento dulce, que gocé en el mundo?

¿No sabes que yo daría por ella cuanto poseo, que ella es todo mi recreo que ella es toda mi alegría?

ROB. ¡Lo sé y por esa razón como a su padre os venero: (Se

[arrodilla.]

más ved que también la quiero con todo mi corazón!

SIM. ¡Basta, levántate y largo! no des con mi calma al traste. De todo lo que pensaste ya me voy haciendo cargo. Tú has dicho: el señor Simón más herederos no tiene; esta niña me conviene, es muy buena proporción. Viviré sin trabajar...

ROB. (Sorpresa.)

¿Cómo?

SIM. Eso es lo que pretendes

ROB. ¿Decís? (Turbado.)

SIM. Ya veo que entiendes

la aguja de marear.

¡Pero es en balde, chiquillo, renuncia a ilusión tan bella;

(Riendo sarcásticamente.)

eres poco para ella!

¡Vete, vete, mendiguillo!

(Riendo siempre y mirándole con el mayor desprecio. Vase por la izquierda.)

Roberto. Luego Angela que sale apenas desaparece Simón y se acerca poco a poco a Roberto

ROB. ¿Qué es esto? ¡Aturdido estoy! ¿Cómo me escuchado con calma?

¡Ay, Dios mío de mi alma,

qué desventurado soy!

¡Angela! (Viéndola junto a sí.)

ANG. Todo lo oí.

ROB. Entonces nada te digo;

Ya lo ves, soy un mendigo no debo pensar en ti.

ANG. ¡Oh, calla, calla, por Dios!

Yo seré tu compañera.

¿Qué importa que él no lo quiera si lo queremos los dos?

ROB. No.

ANG. ¿Qué?

ROB. Yo quise aspirar

(Con amargura.)

solamente a tu riqueza;

él lo ha dicho con franqueza,

otros lo pueden pensar,

y es fuerza que determine

algo, y a ello estoy dispuesto

para no dar ni aún pretexto

a que nadie lo imagine.

ANG. ¿Qué intentas?

ROB. Yo bien lo sé,

¿quiere ese viejo inhumano

que aquél que aspire a tu mano

sea rico?... ¡Pues lo seré!

(Cogiendo de la mano a Angela.)

Allá tras las crespas olas de esa mar hirviente y fiera, tal vez la suerte me espera en las Indias españolas. Nada tengo y nada soy, para esa tierra lejana zarpa un bergantín mañana... me alisto en él y me voy.

ANG. ¡Roberto!

ROB. La India me ofrece fortuna de gran valía: mi padre me lo decía: quien trabaja se enriquece. Pues bien, yo al trabajo rudo me entregaré con afán: cuando tus brazos están aguardándome, no dudo. ¿Juras esperarme?

ANG. ¡Oh, sí!

ROB. Pues juro que volveré

ANG. Desiste.

ROB. No cederé.

ANG. ¡Por tu madre!

ROB. No.

ANG. ¡Por mí!

ROB. Es en vano que te esfuerces.

ANG. ¿Quieres matarme, Roberto?

ROB. Todo es inútil; te advierto que mi voluntad no tuerces.

¡Piensa que tengo razón

que para mí es humillante

siendo pobre, ser tu amante

ANG. ¡Calla!

ROB. ¡Y el señor Simón ha dicho bien... por ahora soy muy niño, aunque te adoro!

(Conmoviéndose gradualmente.)

Ya ves, yo me aflijo y lloro... y un hombre... ¡un hombre no llo-

[ra!

Estoy bien resuelto, sí.

ANG. ¿Y si mueres por allá?

ROB. Crees que no faltará quien me lllore por aquí.

Mi madre... ¡Rezad las dos!

(no me puedo contener.)

¡Volveré al amanecer

a darte mi último adiós!

(Vase llorando.)

Angela sola

¡Roberto! ¡Escucha! ¡Se va!

¡Oh, qué idea! Yo sabré...

Su madre. ¡Sí, la veré

y ella le convencerá!

(Sale corriendo a la playa.)

Beltrán por la primera derecha (MÚSICA)

(Recorre la estancia, sale a la puerta y

contempla un momento la playa. Luego canta desde allí la primera estrofa, viniendo después a primer término.)

Salve, costa de Bretaña,
donde nací;
hoy, dejando tierra extraña
llego hasta tí.

Salve, asilo venturoso,
de mi niñez;
anhelando tu reposo
vuelvo otra vez.
De tí muy lejos
hallé la suerte,
más siempre ansiaba
volver a verte.
y aun cuando ingrata
fuiste conmigo,
costa querida,
yo te bendigo.
que hoy al posar de nuevo
mi pie sobre tí,
la juventud parece
volver a mí.

Escuchando el rumor de ese mar
que amoroso mi cuna meció
siento dulces del alma brotar
los recuerdos que avara guardó.
De aquel tiempo que rápido fué
y llevó la ilusión tras de sí,
el encanto de nuevo hallaré
recordando las horas aquí.

Tranquilo el pecho
ya no suspira,
que el aire patrio
con gozo aspira,
y aunque tú ingrata
fuiste conmigo,
costa risueña
yo te bendigo:
que hoy al poner de nuevo
mi pie sobre tí,
la juventud parece
volver a mí.

HABLADO

¡Oh! playa donde nací,
mal me recibes a fe;
con tempestad te dejé,
con tormenta vuelvo a tí.
Quiera Dios que al fin tu seno
me ofrezca amor y reposo,
y al pasado tempestuoso
siga un porvenir sereno.
¡Siento en mí tal alegría!

Dicho y Angela, que sollozando se detiene
a la puerta.

BEL. ¿Quién solloza por ahí fuera?

ANG. ¡Oh! (Sorprendida al verte.)

BEL. ¡Si es mi linda enfermera!
¿Por qué lloras, hija mía?

ANG. (Enjugándose los ojos y procuran
sonreír.)

No lloro.

BEL. ¿Cómo que no?

Tus ojos el llanto abrasa.

ANG. No.

BEL. Dime lo que te pasa.
vamos, que lo sepa yo.

ANG. Sin duda un grano de arena,
¡solaba allí el aire tanto!...

BEL. Nunca es tan copioso el llanto
que no hace brotar la pena.
No finjas así conmigo,
y confiesa sin temor
la causa de tu dolor;
háblame como a un amigo.

ANG. Pues... sí, señor... he llorado
mucho... (Rompiendo a llorar.)

BEL. Serénate, ven.
(Atrayéndola cariñosamente.)

¿Qué tienes?

ANG. ¡Que se va!

BEL. ¿Quién?

ANG. Roberto, el que os ha salvado.

BEL. ¿Y por qué deja esta playa?

¿Habéis reñido quizá?

ANG. No, señor.

BEL. Entonces ya
haremos que no se vaya.

ANG. ¡Ay! Está muy decidido
y cuando él quiere una cosa...

BEL. Anímate, niña hermosa,
y cuéntame lo ocurrido.

ANG. Mi historia os he relatado:
sabéis que huérfana soy
y que aquí acogida estoy...

BEL. Sí, sí, ya me lo has contado.

ANG. Pues bien; el señor Simón
poco hace me ha descubierto
conversando con Roberto,
y lleno de indignación
y de sorpresa al saber
que me quería... ¡ay de mí!
le ha despedido de aquí,
prohibiéndole volver.

BEL. ¿De veras?

ANG. Como os lo digo;
y humillándole de un modo...
Yo oculta lo escuché todo,
y le llamé hasta ¡mendigo!
A él, que tan activo es,
y que por mí lo sufría,
le dijo que me quería
tan solo por interés;
y porque no haya quien crea

que es cierto, a la India se va,
y de allí no volverá
mientras que rico no sea.
Yo esperarle he prometido
y lo cumpliré, eso sí.

BEL. ¿En dónde está?

ANG. Vedle allí,

(Señalando a la playa.)

triste el pobre y abatido.
Por más que quiere tener
energía para el paso,
piensa como yo que acaso
no nos volvamos a ver.

BEL. ¡Dile que venga!

ANG. Voy, pero...

Si le vieran...

BEL. No hay cuidado;
si soy yo quien le he llamado.

ANG. ¡Roberto! ¡Ven, ven ligero!
Dichos y Roberto, que a la puerta se de-
tiene.

ROB. ¿Qué quieres? Ya estoy aquí.

¡Ah! Señor...

BEL. Pasa adelante.

(A Angela.)

(Es un muchacho arrogante
y guapo)

ANG. (Con ingenuidad.)

¿Verdad que sí?

BEL. Ven a mis brazos, mancebo.

ROB. ¡Por Dios!...

BEL. Estrecharle ansío. (Se abrazan.)
Nunca olvidaré, hijo mío,
que la existencia te debo.

ROB. Señor, de eso no hay que hablar
pues ningún mérito encierra;
antes que andar por la tierra
creo que aprendí a nadar.

BEL. En vano te empequeñeces:
si tu noble valentía
a estas horas yo sería
alimento de los peces.
¿Eres huérfano?

ROB. De padre.

BEL. ¿Y de oficio?

ROB. Pescador.

BEL. (Reparando en el traje.)

¡Y muy pobre!

ROB. No, señor.

BEL. ¡Cómo!

ROB. Mantengo a mi madre.

BEL. (Honrosa altivez.)

ROB. Y creo
que de su cariño en pago
con el mío satisfago
cuanto sueña su deseo.
Siempre que sálgo a pescar

dejo a la impedida anciana
enfrente de una ventana
por donde contempla el mar.
Allí mi regreso espera,
siguiendo con vista ansiosa
la marcha vertiginosa
de mi barquilla velera;
y al verme volver, erguida
y agitando su pañuelo,
parece un ángel del cielo
que me da la bienvenida.

BEL. Ni de ella te has de apartar,
ni de ésta, que te ama tanto.

ROB. ¡Cómo!

BEL. Seca ya ese llanto,
que tu suerte va a cambiar.
En tu alma existe un tesoro
de inapreciable valer;
desgraciado no has de ser
por faltarte un poco de oro.
¡Felizmente rico soy!
Admite, pues, de buen grado
algo de lo que has salvado,
que con el alma te doy.
Así te demostraré
cuánto es mi agradecimiento...
y mi cariño...

ROB. Lo siento,
pero... no es posible.

BEL. ¿Qué?

ROB. Fuera indigno en mí aceptar
tal dádiva, lo repito!

BEL. ¿Mas por qué?

ROB. Yo nunca admito
lo que no puedo pagar.

ANG. (¡Ay!)

BEL. (A Angela.)

(Su intención es honrada.)

No te brindé el beneficio
en cambio de un sacrificio
que no se paga con nada.
Lo que me atrevo a ofrecer
y que tú aceptar no quieres,
trabajando—¡joven eres!—
me lo puedes devolver.

ROB. (Después de pensar un momento.)

¿Pensáis que es posible?

BEL. ¡Claro

y sabiendo la intención
debieras, en mi opinión,
aceptarlo sin reparo.

ROB. Trabajar... ¡Bien puedo, si!

BEL. Tan sólo en ese concepto
te lo daré.

ROB. (De pronto.)

Pues... lo acepto.

ANG. ¡Ah!

ROB. Por mi madre... y por tí.
ANG. Gracias.
BEL. (Qué alma tan hermosa;) Muy en breve el santo lazo os unirá. ¡Da un abrazo a la que ha de ser tu esposa!

Le empuja hacia donde está Angela y esta y él se abrazan a tiempo de aparecer Simón.

Dichos y Simón
MÚSICA

ROB. ¡Eh!
ANG. ¡Virgen Santa!
SIM. ¡Ah, vive Dios! (Yendo iracundo a ellos.)

BEL. ¡Yo les amparo! (Interponiéndose.)
SIM. ¿Y quién sois vos?

BEB. Un hombre soy que debe la vida a este rapaz, que despreció la suya por socorrerme aúdaz Fortuna y existencia por él del mar salvé, haciéndole dichoso mi deuda pagaré: Y como en esta niña cifró su dicha toda, dispuesto a darle gusto protegeré su boda. En vano es oponerse, pues lo he resuelto ya, y pese a quien pesare con ella casará.

SIM. Ja, ja, ja, ja,
risa me da.

BEL. Reid, reid,
cuanto queráis.

SIM. Vos ignorais, sin duda, que si él quiere a la chica, por cálculo es tan solo, pues la supone rica.

ROB. A ultraje tan villano ni aun quiero contestar.

SIM. ¡Ya veis, el miserable se tiene que callar!

ROB. (Por tí tan vil ofensa (A Angela) me atrevo a devorar.)

ANG. (Tu inmenso sacrificio mi amor sabrá apreciar.)

BEL. Yo de las Indias traigo un tesoro; puedo a este chico pesar en oro. Para él respeto de vos exijo: padre no tiene, yo le prohijo.

Y si os parece poco, no dudo ya, todo cuanto poseo suyo será.

ROB. ¡Cómo pagar, Dios mío tanta bondad!

ANG. ¡Mi alma de afecto llena gracias os da!

SIM. Siendo tan generoso, fuerza es ceder.

BEL. ¿Luego asentís gustoso?

SIM. ¿Pues qué he de hacer?

¡Ah!

Beltrán hace unirse a Roberto y Angela (que se abrazan.)

ROB. y ANG. El alma mía enamorada despierta en mágica explosión y con su fuerza arrebatada gozoso late el corazón.

BEL. ¡Linda pareja enamorada! (Contemplándolos con placer.)

¡Oh, cuanto goza el corazón viendo su dicha asegurada al solo anuncio de su unión!

SIM. (Mirando a Beltrán.)

¿Por qué me turba su mirada!

¿Por qué se agita el corazón y a mi memoria conturbada acude fúnebre visión?

ROB. A ver voy a mi madre, (Separándose de Angela.)

que ya mi ausencia llora.

Dejad, señor, que base (A Beltrán)

su mano bienhechora.

(La besa. Beltrán la coge y atrayéndola hacia sí le abraza a él y a Angela, formando grupo.)

BEL. ¡Fortuna y alegría el cielo os quiera dar y así será la mía vuestra felicidad!

¡Ah!

ROB y ANG. El alma mía enamorada [etc.]

BEL. Linda pareja enamorada; etc.

SIM. (Contemplando el grupo.)

¿Por qué me turba su mirada! [etc.]

ROB. ¡No cabe en mi alma la alegría Adiós, mi noble protector.

¡Hasta mañana, vida mía!

Con Dios quedad, señor Simón

ANG. ¡Adiós!

SIM. ¡Adiós!

BEL. ¡Adiós!

(Beltrán se acerca a Simón en tanto que

Roberto a Angela ya cerca del foro,
¡Gocemos en la dicha de los
[dos!

vuelven Simón fosco y Beltrán risueño.
Angela se queda ruborizada. Roberto se
despide desde la puerta.)

ROB. ¡Adiós!

ANG. ¡Adiós!

(Roberto le da un beso a cuyo sonido se

SIM. ¿Eh?

ROB. ¡Adiós!

TODOS.

¡Adiós!

ACTO SEGUNDO

Exterior de la hostería de Simón, a la izquierda. Al foro rocas y el mar. A la derecha cierra el fondo un grupo de acantilados por entre los cuales se supone verse el mar. Las salidas deben hacerse por la izquierda, entre la hostería y las rocas y por el foro estre estas y la marina. La escena sola. La hostería cerrada. Aparecen varios grupos de pescadores y mujeres que vienen con los trajes de día de fiesta.

MÚSICA

Muj. Llegad, llegad,
venid, venid;
una alegre alborada cantemos
y así despertemos

Peso. Venid, venid,
llegad, llegad;
la doncella que hoy va a ser es-
[posa

despierta gozosa
a la voz de la dulce amistad.

Todos. Venid, venid,
llegad, llegad.

(Colocándose todos frente a la hostería.)

ALBORADA

CORO. Despierta, niña despierta
que el día avanzando va,
y la amistad a tu puerta
alegre llamando está.
Abre ya tu ventana,
mira el cielo azul,
que pintó la mañana
con hermosa luz;
que la niña que duerme
cuando nace el sol
de seguro está enferma
o no tiene amor.
Ligera salta del lecho
y de él despídete ya,
que para dos harto estrecho-
desde esta noche será.
Abre ya tu ventana, etc.

Dichos. Mateo por la puerta de la hostería
MAT. Tengan muy buenos días.

CORO. Hola, Mateo

MAT. La novia os agradece
vuestro deseo.
Mas hoy que la despierten
no necesita,
que no pegó los ojos
la pobrecita.
Y es natural
que en víspera de boda

se duerma mal.

CORO. Es natural,
que en víspera de boda
se duerma mal.

(Acercándose a Mateo. En voz baja.)

¿Y es cierto lo que dicen
de que el padrino
con una gran fortuna
de la India vino?

MAT. No lo dudeis;
oid un solo instante
y juzgareis.

Ha comprado veinte casas
las mejores del lugar,
donde quieren, según cuentan
un palacio edificar.

Y para ir a pasearse
por el mar a su placer,
un navío de tres puentes
dicen que ha mandado hacer.

CORO. Eso no puede ser.

MAT. Pues sí que puede ser.
Y en fin, después de todo
ya lo hemos de ver.

CORO. Eso no puede ser.

MAT. Guarda en onzas mejicanas
un inmenso capital,
y pepitas de oro puro
de más peso que un quintal.
Piedras finas, no digamos
pues las tiene en un montón,
y hay entre ellas un diamante...
del tamaño de un melón.

CORO. ¿No habrá exageración?

MAT. ¡No hay exageración!
Os digo que el indiano
trae un fortunón.

CORO. Sin duda que el indiano
trae un fortunón.

HABLADO

MAT. Nada, nada; os lo aseguro,
es un hombre poderoso,
y más sencillo y más franco...
Ayer me dijo: «Buen mozo.

(me hace justicia), tal vez pienses en casarte pronto; cuando lo decidas, dímelo, que yo a la novia la doto.»

MUJ. 1.^a. ¿Y en cuánto?

VAR. ¿En cuánto?

MAT. (¿Qué tal? Ya han abierto cada ojo...)

(Dándose importancia.)

Pues... no lo sé; pero creo que el dote debe ser gordo. Conque a animarse, que soy un partido como hay pocos. (Desde hoy me van a asediar las mozas con sus piropos.)

PES. ¿Y el señor Simón?

MAT. Está llevado de los demonios

PES. Es natural.

MAT. De la usura vivía ese viejo zorro, haciendo con el sudor de los pobres su negocio; cuando se entera del caso el viajero no sé cómo; va, recoge los recibos, y entre el general asombro, «¡Tomad—dice a los deudores—, yo vengo en vuestro socorro; a trabajar, ya sois libres, ya lo habéis pagado todo!» y rompió los documentos y se quedó tan orondo.

MAR. 1.^o. Ha sido un rasgo soberbio.

PES. Cierto que lo es, pero noto en la conducta de ese hombre

(Las mujeres entran en la hostelería y los hombres vanse por la izquierda. (MÚSICA)

Mateo y después Margarita

MAT.—Estoy más alegre que unas Pascuas. Aunque sólo fuera por salir de esa hostería, donde tanto se trabaja, y no ver más la cara de buho del señor Simón, y no aguantar sus regaños y sus gruñidos... ¡Digo, y ahora que echará un humor de todos los diablos, viendo que se le ha ido el negocio de entre las uñas! El demonio que lo aguante.

MAR.—(Desde la puerta.) ¡Mateo!

MAT.—¿Qué hay?

MAR.—Ven acá, que está todo en desorden.

MAT.—Mejor. (Con tranquilidad y sorna.)

MAR.—¡Pero muchacho, que haces falta.)

MAT.—Mejor.

MAR.—(Acercándose.) Que el señor va a bajar y se pondrá hecho una fiera.

MAT.—Mejor que mejor.

MAR.—¿Te has vuelto loco?

MAT.—Más cuerdo no lo he sido nunca. Pero ya estoy harto de servir bien a gente que no sabe agradecerlo.

MAR.—¡Mira que si te oye va a despedirte!

MAT.—¿A mí? ¡Je, je, je!

MAR.—¡Ya lo creo! ¡Le faltarán criados para su casa!

no sé que de misterioso.

(Acercándose todos y le oyen con interés.)

Ayer se fué al cementerio y se encerró con Ambrosio el enterrador.

MAR. 1.^o. ¡Canario!

PES. Yo le ví entrar, y a muy poco salió al patio de los muertos; hizo entonar un responso al padre cura; rezando lo escuchó puesto de hinojos; besó la tierra y después, levantándose lloroso, al cepillo de las ánimas echó tres monedas de oro.

MUJ. 1.^a. ¡Es extraño!

OTRA. ¡Muy extraño!

MAT. Pues yo en él lo encuentro pro [pio

como es tan bueno, sin duda queriendo hacer bien a todos, se ha dedicado a sacar ánimas del purgatorio.

MAR. 1.^o. Lo cierto es que el hombre [tiene

un corazón muy hermoso MAT. Y ha hecho más bien en tres días que en toda su vida otros.

PES. Ya lo creo.

MAT. Y en la boda veréis hoy si es generoso. ¡Qué regalos!

MUJ. 1.^a. ¡Buen padrino han encontrado los novios! Entremos a verla a ella.

PES. Y a él a buscarle nosotros.

MAT.—Pues puede buscar uno, porque yo hoy mismo tomo soleta.

MAR.—¿Qué dices?

MAT.—Que me voy a servir a los recién casados.

MAR.—Es posible.

MAT.—Que su padrino y mi padrino, y el padrino de todos, porque ese hombre es el padrino de todo el mundo, dijo anoche, dice: «Muchacho, desde mañana cuenta con doble salario del que tienes, y así que se verifique la boda, te vas con los novios a su casa.»

MAR.—¿De manera que me quedo sola con el señor Simón?...

MAT.—Y añadió: «A Margarita nada le digo porque como ha pasado en la hostelería toda su vida, acaso no quiera abandonarla y separarse de su antiguo amo. Sin embargo, si desea venirse con nosotros, también le ofrezco una buena soldada.»

MAR.—Yo se lo agradezco, pero no abandono a mi señor. ¡Pobre vtejol!... Todo esto va a quitarle la vida.

MAT.—No se perdería mucho.

MAR.—Mateo.

MAT.—Pero descuidad, que cosa mala nunca muere.

Dichos; Simón a la puerta de la hostería

SIM.—¡Eh, muchacho! Margarita. Así me gusta; la casa abandonada a toda esa patulea de comadres que se ha colado de rondón, y vosotros mano sobre mano.

MAR.—Yo había salido a buscar a éste... (Malhumorado se levanta hoy.) (Entra en la hostería.)

SIM.—¿Y tú qué haces ahí?

MAT.—Pues... ya lo veis... nada. (Dándose mucha importancia.)

SIM.—A trabajar, andando.

MAT.—Lo que es por ahora me parece que no estoy dispuesto para eso.

SIM.—¿Qué dices?

MAT.—Es día de boda y fiesta; me he vestido muy majo y el cuerpo me pide mucho jaleito.

SIM.—¡Insolente!

MAT.—Y no pienso ocuparme en otra cosa que en bailar y divertirme.

SIM.—¡Vive Dios, que es mucha falta de respeto! (Vendo hacia él con aire amenazador.)

MAT.—¡Eh. Eh! No hay que alborotarse. Si lo queréis así, bueno, y si no, tan conformes. Ni vos necesitáis de mis servicios, ni yo de vuestra casa. El padrino de los novios que sabe apreciar a las personas que valen, me ha ofrecido doble salario para que vaya a servirle y con él me voy y Cristo con todos, y buscad otro infeliz que sufra vuestras impertinencias, que yo ya estoy de ellas hasta aquí.

SIM.—¿Cómo?

MAT.—Hasta aquí. ¡Ay! ¡Qué tranquilo me ha dejado este desahogo! (Entra en la hostería.)

Simón, solo

El infierno se ha desatado en contra mía. ¿Quién es ese hombre que así se goza en mortificarme, que destruye todos mis proyectos, descomponen mis negocios y arranca de mi lado a los que antes me querían y respetaban?—Parece mi castigo.—Le odio y le temo.—Su sonrisa me hiela, su mirada me aturde... No he podido resistirla de frente...—Y después, los recuerdos que trae a mi memoria... ¡Bah! Serán sospechas hijas del temor, celos de mi alma inquieta... Siempre dudando, temiendo siempre...

Dicho, Beltrán, que llega por el foro, se acerca a él sin ser visto y le pone la mano sobre el hombro

SIM.—(Asustado, volviéndose.) ¿Eh?—¡Ah! ¡Sois vos!

BEL.—¡Meditabundo estábais.

SIM.—Tengo mucho en qué pensar. Que Dios os guarde.

BEL.—Escuchad un momento y hablemos como buenos amigos.

SIM.—Es difícil.

BEL.—¿Por qué.

SIM.—No queráis añadir el sarcasmo a las ofensas que me habéis hecho.

BEL.—¿Yo? ¿En qué puedo haberos ofendido?

SIM.—En cuanto hicisteis desde vuestra llegada. Maldigo la hora en que arribásteis a la playa.

BEL.—¿Y yo con toda mi alma la bendigo!

SIM.—Sea en hora buena; dejadme en paz.

BEL.—No por cierto. La ocasión de sincerarme ante vos no puede ser más oportuna y he de aprovecharla. Además, tengo que pedir os un favor.

SIM.—¿Cuál?

BEL.—Que asistáis a la boda.

SIM.—No, por cierto.

BEL.—Amargaréis la dicha de Angela.

SIM.—Más acibarará ella la mía.

BEL.—Pero, en un principio, ¿no accedisteis a que se casaran?

SIM.—No lo pensé bien. Además, creí entonces que al proteger el amor de esos muchachos, teníais una buena intención; luego he visto que os animásteis contra mi un espíritu de venganza que no acierto a explicarme.

BEL.—Es natural; ¿cómo habéis de explicar os un sentimiento que no existe?

SIM.—Separando a Angela de mi lado, me arrebatáis el solo bien que poseo, el único consuelo de mi vejez.

BEL.—Pues quedese el matrimonio a vivir con vos y así estaréis todos contentos.

SIM.—No quiero en mi casa a ese mozo insolente y atrevido.

BEL.—Y él no querrá, como comprenderéis, vivir separado de su mujercita.

SIM.—Os habéis propuesto dejarme aislado en el mundo y váis a conseguirlo. (Con amargura.)

BEL.—(Carñosamente.) Vaya, vaya; ni soy yo quien arranca de vuestro lado a esa niña, ni hago otra cosa protegiendo al que va a ser dueño suyo, que llenar de gozo el corazón de ambos, pagar una deuda de gratitud a quien debo mi vida y mi fortuna, y premiar las virtudes de Angela, que en vuestro poder no ha sido muy dichosa. (Bajando la voz.)

SIM.—¿Es posible! ¿Tiene alguna queja contra mí? ¿No la he tratado como una hija?

BEL.—En efecto, como hubiérais tratado a una hija vuestra... Todo lo bien que os permite la avaricia que seca vuestra alma.

SIM.—(Sorprendido.) ¿Ella lo ha dicho?

BEL.—De su boca no han salido para vos sino palabras de gratitud y de respeto. De cariño no, porque es difícil que os hagáis querer de nadie.

SIM.—(Sufrido de este hombre ofensas que no toleraría a ningún otro.)

BEL.—(Siempre en tono afectuoso.) Desengañaos, señor Simón, yo he venido a tiempo de evitar que en los últimos años de vuestra vida seáis aborrecido de cuantos os rodean. Aún podéis conquistar os su afecto—. Vuestros deudos, redimidos por mí, olvidarán bien pronto la explotación de que fueron objeto, y Angela, feliz al lado de su esposo, alegrará los días de vuestra ancianidad.

SIM.—(Con ironía.) Por lo visto, aún debiera daros gracias por lo que habéis hecho.

BEL.—¿Quién lo duda? Y yo he de conseguir al fin y al cabo que disfrutéis un goce del cual no tenéis ni la idea más remota.

SIM.—¿Cuál?

BEL.—El de hacer bien. Delicia no comparable a ninguna otra: placer que vierte en el alma un bálsamo tan dulce como no es posible ni soñarlo.

SIM.—¡Ah! Vos pensáis, sin duda, que el hacer bien consiste en solventar las deudas de unos cuantos haraganes, que os pagarán con su ingratitud e

beneficio; llamáis hacer bien a realizar la boda de dos muchachuelos sin experiencia, que van a ser infelices; suponeis que el hacer bien se reduce a regalar trajes y galas a la chica para envanecerla... No conocéis lo que es el mundo; sois demasiado joven.

BEL.—Friso en los cuarenta.

SIM.—Pues estáis haciendo una porción de niñerías y ya recogeréis el pago.

BEL.—(Casi suplicante.) En fin, prometedme que asistireis hoy a la iglesia. (Oyese rumor de gente que llega.)

SIM.—No autorizo con mi presencia esa unión que considero desatinada. Allí viene tan satisfecho vuestro protegido. No quiero ni verle. ¡Quedad con Dios! (Entra en la hostería.)

BEL.—¡Id con él!—¡Miserable viejo! ¡La dicha ajena le sirve de tortura! Digno es de compasión.

Dichos. Coro de hombres que acompañan a Roberto, el cual viste lujoso traje de fiesta. Sale de la hostería el coro de mujeres y Angela, vestida de novia. Beltrán baja del foro al proscenio abrazando a Roberto.

MÚSICA

- HOM. En busca de su novia
que ya le espera,
el novio, engalanado,
contento llega.
- MUJ. En busca de su novio
que ya le aguarda,
aquí sale la novia
engalanada.
- ROB. ¡Angela mía!
ANG. ¡Roberto amado!
Mi buen padrino.
- BEL. ¡Que os guarde Dios!
ROB. Y ANG. Ya llegó el día
tan esperado.
- BEL. Que eterno sea
para los dos!
- CORO (Rodeando a los novios.)
Según vieja costumbre
del pueblo bretón,
(Solemnemente.)
antes que os eche el cura
la bendición,
de todos los amigos
debéis escuchar
consejos laudables
que os quieren dar.
- ROB. Y ANG. Podéis empezar,
que ya estamos dispuestos
para escuchar.
- (Beltrán se retira al foro. Las mujeres, formando semicírculo, rodean a Roberto, y los hombres, en la misma forma, a Angela.)
- MUJ. Con su mujer muy complaciente
todo marido debe ser.
- HOM. Debe la esposa humildemente
a su marido obedecer.
- MUJ. Si hay disensión, porque no siga
él es quien tiene que callar.
- HOM. Diga el marido lo que diga,
ella no debe replicar.
- MUJ. Debe el marido cariñoso
ser a su esposa siempre fiel.
- HOM. Y ella vive para el esposo
y estar pensando siempre en él.
- MUJ. Junto a su esposa todo el día,
un buen marido debe estar.
- HOM. Y si el marido se extravía...
mucho paciencia y aguantar.
- TODOS (Ocupando la posición anterior.)
¡Novios felices,
ya lo sabéis,
el cielo os premie
si así lo hacéis!
- ANG. Vuestros consejos
no olvidaré
y a mi marido
feliz le haré.
- ROB. Vuestros consejos,
no olvidaré
y haré la dicha
de mi mujer.
- (Roberto y Angela, pasando de uno a otro lado, quedan al contrario que antes, es decir, él entre los hombres y ella entre las mujeres, que vuelven a formar rápidamente los dos semicírculos. Ambos grupos se estrechan para decir los siguientes versos.)
- MUJ. (A Angela.)
Mete en un paño
a tu marido.
- HOM. (A Roberto.)
Ten bien sujeta
a tu mujer.
Tu no te fies.
¡Tú ten cuidado!
- MUJ. ¡Ojo con ella!
- HOM. ¡Ojo con él!
- TODOS Novios felices, etc.

MAT.—(Que ha salido de la hostería momentos antes.) ¡Ea, basta ya de consejos! Al fin y al cabo en cuanto se casan los olvidan, y hace cada uno su santísima voluntad.

BEL.—Mateo. Da de beber por mi cuenta a todos los presentes lo más añejo que haya en la casa.

MAT.—Pues adentro todos. Y aunque ya no sirvo en la hostería, como soy el único que sabe los secretos de la bodega, os obsequiaré dignamente en nombre del padrino. Pero antes, y para que rabie el señor Simón, que está allá dentro, demos unos cuantos vivas que retumben en toda la costa. (Acercándose con el Coro a la puerta.) ¡Viva el padrino!

TODOS.—¡Viva!

MAT.—¡Vivan los novios!

TODOS.—¡Vivan!

MAT.—(Que corta la prolongación de cada uno de los vivas con un movimiento a manera de los directores de orquesta.) Estas revoluciones pacíficas me llenan de entusiasmo. (Entran en la hostería.)

Angela, Beltrán y Roberto.

BEL.—Gracias, hijos míos, muchas gracias.

ROB.—Aprecian en lo que vale vuestra generosidad.

BEL.—Me la pagan con creces y consigo de esta manera que participen todos de vuestra dicha.

ROB.—La mía no puede ser mayor.

BEL.—Angela, ¿qué es eso?, ¿qué tienes?

ROB.—¿Lloras?

ANG.—Sí, no lo extrañeis; el cielo de mi felicidad se halla hoy empañado por una nube de tristeza.

BEL.—¿Qué es ello?

ROB.—¿Qué puede afligirte?

ANG.—Cuando me levanté esta mañana, fui como todos los días a saludar al señor Simón, y no ha querido verme.

ROB.—¡Bah! ¿Y eso te desconsuela?

ANG.—Yo no puedo olvidar que niña, desvalida y huérfana, me recogió en su casa; que a su lado pasé mi vida entera, y que no he conocido otro padre. Al unirme a ti contra su voluntad, pensará acaso que soy una ingrata, que olvido los favores que le debo...

BEL.—No digas eso. Harto bien te conoce para saber que no cabe en tu pecho la ingratitud.

ROB.—Y sobre todo, yo le aseguro que antes de mucho ha de querernos a los dos más que antes a ti sola.

ANG.—No lo creas. Yo le estimo, yo le respeto, pero conozco que tiene una mala condición: no olvida los agravios.

ROB.—Oye, cuando salgamos de la iglesia, después de ver a mi madre, que ya nos aguarda con impaciencia para uniros en un estrecho abrazo, vendremos los dos a la hostería, nos echaremos a las plantas del señor Simón, y como si en algo le hubiéramos ofendido, le pediremos perdón humildemente. Yo le haré ver que no he venido a robarte su amor, sino a hacer más grande, y duradera la dicha de su hogar; que seré el báculo de su vejez... En fin, le diré tales cosas, que acabará por quererme mucho. Vaya. Pues si me pinto yo solo para engañar a cualquiera.

ANG.—¿Cómo?

BEL.—¿Eh?

ROB.—De buena manera, se entiende. Porque, de veras te lo digo, por mucho respeto que le finja y mucho cariño que le aparente, nunca podrá ser santo de mi devoción tu padre adoptivo. Hay en él algo que no me atrae... Ese carácter huraño, ese ceño sombrío, se avienen mal con mi genio alegre y bullicioso.

ANG.—Si soy yo, y no he podido acostumbrarme en mi vida. «Dame un beso—me dijo algunas veces—; no correspondes al cariño que te tengo.» Y yo le respondía besándole en la frente con timidez: «No sé por qué, pero parece-me que me dais miedo.» Entonces él me rechazaba con violencia, se ponía más sombrío que antes, y yo me retiraba asustada. Y a solas luego, llorando, decía reprendiéndome: «Si yo debía quererle, debía quererle... y no le quiero.»

BEL.—Difícilmente recogo cariño quien no sabe sembrarlo.

ROB.—Yo te ruego que procures alejar esos pensamientos que te entristecen. Todo el tiempo me parece poco para gozar de la ventura que nos sonríe.

BEL.—En tí consiste que no se desvanezca.

ROB.—¿En mí?

BEL.—Tú puedes hacer feliz o desgraciada a esta pobre niña,

ROB.—Y dudáis que la haré dichosa?

BEL.—No; pero temo que para casado seas demasiado niño.

ROB.—Niño? Yo os probaré que no.

BEL.—Dios lo quiera. Y, vamos a ver, ¿qué regalo de boda has hecho a Angela? Porque ya sabes que la costumbre obliga al novio a ofrecer un rico presente.

ROB.—(Cortado.) Pues yo... la verdad es que...

ANG.—A mí me basta con su cariño. Ya me habéis puesto bastante engañada. ¿Para qué quiero más?

BEL.—Sin embargo, ese vestido exige alguna joya; un collar por ejemplo...

ROB.—Cierto que sí, y yo le prometo... que con lo primero que gane he de comprárselo.

BEL.—Que te agradezca la intención, pero no es preciso. Permite que en tu nombre le ofrezca yo este. (Enseñándole uno que saca del bolsillo.)

ROB.—¡Oh, qué hermoso es! En mi vida vi cosa que se le parezca.

MÚSICA

BEL. Diamantes brasileños
tan claros como el sol,
te ofrezco hermosa niña
en cariñoso dón.
Del fondo de la tierra
mi mano los sacó;
que adorne tu hermosura
su mágico fulgor.

(Le da el collar que Angela contempla.)

ANG. Oh, que linda joya,
Causa admiración

ROB. Dignas de una reina
tales piedras son.

BEL. (Dándole un lindo espejito de mano.)
Póntelas y en este
diáfano cristal,
todos tus encantos
puedes admirar.

ROB. Sois muy generoso

ANG. Gracias mil os doy.

ROB. Deja que yo mismo (A Angela.)
a adornarte voy. (Le pone el co-
llar.)

ANG. (Contemplándose en el espejo.)
Como gotas de fresco rocío
que adornan temblando
la cándida flor

estas piedras sobre el pecho
[mío]

se agitan brillando
con limpio fulgor.
En su seno la luz juguetea
con lindos cambiantes
que trueca el azar
y parece que el sol se recrea
mil chispas radiantes
haciendo brotar.

ROB. (A Beltrán.)

Aunque de su rostro
fiel ese cristal

todos los encantos
sepa reflejar,

en su hermosa imagen
faltará calor;

viéndose en mis ojos

se verá mejor. (Se acerca a ella.)

BEL. Tiene el jovencillo

celos del cristal

que de su adorada

copia así la faz.

Y a la vez risueño

piensa con su amor

que en sus negros ojos

se verá mejor.

ROB. (A Angela.)

Aunque de tu rostro, etc.

Mírate en mis ojos,
te verás mejor.

Ya salen de la iglesia,
qué alegres todos van

Din, don,
din, dan.

Los dos recién casados
huyendo de la gente
dirigense a la mar;
la pálida neblina
envuelve pudorosa,
la nave donde van.

De pronto el mar sereno
desátase iracundo,
y el viento se hace oír;
y a un golpe de las olas
la novia, arrebatada,
desaparece allí.

Tras ella, audaz el novio,
se lanza al mar bravío,
y al fondo juntos van;
y allí los dos se estrechan
qué triste es el abrazo
primero que se dan.

Din, don,
din, dan.

Mañana las campanas
por ellos doblarán.

Din, don,
din, dan.

Sus cuerpos a la arena
las olas echarán.

Din, don,
din, dan.

HABLADO

(Todos, que al principio de la canción escuchaban alegres, han ido entristeciéndose poco a poco, hasta quedar sombríos y cabizbajos.)

MAT.—(Gimoteando.) ¡Vaya una canción para alegrar a cualquiera; el demonio del viejo!

SIM.—(Separándose de ellos.) ¡Je, je! ¿No queríais cancioncitas?

MAT.—Cuando yo digo que este tío es muy malo. (Suenan lejos el tambor y la gaita.)

MAR. 1.º—¿Ois? La gaita.

MAT.—Y el tamborilero.

MAR. 1.º—En danza, muchachos. (Anímanse todos.)

MAT.—Viva la alegría. (Vanse hacia el foro, acercándose a Simón.) Aunque haya en el mundo mochuelos, nunca faltan ruiñeños. (Anda, chúpate esa) (Vase brincando y desaparece con los demás por el foro.)

Simón, Beltrán y Juez

SIM. (¡Ay de mí!)

JUEZ. (A Simón.)

BEL. En esta playa nací
de unos padres fin fortuna;
huérfano desde la cuna
solo en el mundo me ví.
Sin hogar, techo ni abrigo,
siendo de todo linaje
de orden y freno enemigo,
disfrutaba del mendigo
la independenciam salvaje.
Buscando siempre al azar
el cotidiano sustento
despreciando el trabajar,
vivía libre y contento
de los despojos del mar.
Y con juvenil ardor,
tanto ansiaba la pelea
en que mostrar mi valor,
que llegué a ser el terror
de la gente de la aldea.
Por mi audacia y bizzarria,
el más valiente en la playa
me respetaba y temía...
alguno acaso, no me haya
olvidado todavía.

Ciertamente, la canción
es harto triste y sombría
e impropia de la ocasión.

BEL. Nunca la ajena alegría
dió gozo al señor Simón.
Siempre su enemigo fué.

SIM. ¿Qué sabeis vos?

BEL. Sí, lo se.

SIM. ¿Por referencias quizá?

BEL. ¿Por referencias? No a fe,
que os conozco hace años ya

SIM. ¿Vos?

BEL. Yo, sí. Tanto he cambiado
con el tiempo transcurrido
y vengo tan trasformado,
que, la verdad, no he extrañado
que me hayais desconocido.
Pero bien seguro estoy
de que, al fin, hareis memoria,
y porque sepais quien soy
en pocas palabras voy
a referiros mi historia.

JUEZ. Escuchemos.

(El Juez presta atención. Simón escucha
con ansiedad.)

SIM.
BE.

Pasó el tiempo, crecí;

hombre un día me senti
capaz de un oficio honrado
y al verme pobre y menguado
vergüenza tuve de mí.
—Soy joven, dije, soy fuerte,
no tengo miedo a la muerte;
mil a las Indias han ido
y encontrando allí su suerte...
¡Por ella voy decidido!
Y con el ansioso afán
de los que en su busca van,
dejé esta playa arenosa
una noche tormentosa
en alas del huracán.
(El es.)

SIM.
BEL.

La región indiana,
hermosa tierra lejana
que cría en su seno el oro,
al que en buscarlo se afana;
da, generoso, un tesoro.
Yo, con ardor sin igual,
rendido más de una vez
al trabajo corporal,
y abrasándose mi tez
bajo el fuego tropical,
gasté prodigo mi vida;
pero con fé no abatida
logré colmado el deseo,
y una fortuna poseo
por el trabajo adquirida.
Dueño de ella pensé ya
feliz en volver acá;
de esta tierra me acordaba;
acaso porque pensaba:
¡mis padres duermen allá!
¡Y ayer a su tumba fui,
y sobre ella, arrodillado,
dulces lágrimas vertí;
ya debo estar perdonado
si en algo les ofendí. (Conmo-

vido.)

SIM.—(Como haciendo un esfuerzo para
convencerse al fin.)

¿Y os llamáis?

BEL. Claudio Beltrán.

SIM. ¡(Dios me vaiga! ¡Soy perdido!)

BEL. Pronto me recordarán,
y mi nombre oscurecido
algunos bendecirán.
Que como Dios me conceda
la quietud apetecida
y a mis deseos acceda,
he de consagrar mi vida
a hacer todo el bien que pueda.

ROB.—(Asomándose a la puerta de la hos-
tería.)

Padrino, padrino!

BEL.

Voy.

Conque ya sabéis quien soy:
si útil me juzgais en algo,
vuestro será desde hoy
cuanto tengo y cuanto valgo.

(Entra en la hostería.)

Simón, Juez

JUEZ. ¿Estáis temblando?

SIM.—(Procurando serenarse.)

No tal.

(¡Sí, yo lo debo decir!)

(Como si se sintiera desfallecer se apoya
en el Juez.)

JUEZ. ¿Eh? ¿Qué es esto? ¿Os sentís
[mal?

SIM. Es sorpresa... natural
por lo que acabo de oír.
(Sólo así me salvo yo.)

JUEZ. Pero, ¿qué os pasa?

SIM.—(En voz muy baja.)

Ese hombre...

¡Ese... es... quien asesinó
al padre de Angela!

JUEZ. ¡Oh!

¿Qué dices?

SIM. Yo... por su nombre...

El mismo se ha delatado;
ante vos lo ha pronunciado:
¡Claudio Beltrán!

JUEZ. Ah, sí. Ahora
recuerdo. ¿Pero él ignora
que está a muerte condenado?

SIM. (A muerte) (Aterrado.) Sin duda,
[sí.

JUEZ. ¿Y cómo la audacia tiene
de presentarse hoy así?

SIM. Cierto, mas...

(Oyense la gaita y el tamboril.)

JUEZ. La gente viene,
retirémonos de aquí.

Hay que probar si es el mismo...
Tal valor y tal cinismo
no se pueden comprender.

SIM. (Se abre a mis pies un abismo,
pero yo no he de caer.)

(Vanse por la izquierda.)

Coro general, precedido de los que tocan
la gaita y el tamboril. Después Beltrán,

Roberto, Angela, Margarita y Mateo

MÚSICA

CORO. En tanto que los novios
salen acá,
la alegre cornamusa
vuelta a sonar,
y al redoblar ligero
del tamboril,
los mozos y las mozas

bailen aquí.
(Suspenden el baile, comenzando cuando salen los personajes indicados arriba.)

De la casa ya sale
el cortejo nupcial;
ved la novia dichosa
qué hermosísima va.
Dios les dé luengos años
de fortuna y de paz,
y que juntos consigan,
su ventura gozar.

ROB Y ANG. ¡Mentira me parece,
tanta felicidad!

BEL. A la iglesia marchemos.

CORO. Vamos todos detrás.

Dichos, Dios les dé luengos años, etc.
el Juez y el señor Simón. Tras ellos
cuatro gendarmes que se detienen a la izquierda,
en segundo término

JUEZ. Alto, señores, todos
en nombre de la ley.

CORO. ¿Qué es esto? ¿Qué sucede?

¿Qué busca el señor Juez?

SIM. (Señor. Qué horrible angustia.
Piedad de mí tened.)

JUEZ. De aquí nadie se mueva.
(Acercándose a Beltrán.) ¡Daos
[presol

BEL. Yo. ¿Por qué?

ROB Y ANG. Oh, Dios. ¿De qué os acusan?

BEL. No acierto a comprender.

Más el error en claro
bien pronto yo pondré.

JUEZ. En vano es que tranquilo
finjáis aparecer;
hoy vuestro horrendo crimen
al fin expiaréis.

TODOS. Un crimen.

BEL. Es un sueño.

SIM. (Qué horrible padecer.)

BEL. ¿De qué me acusan; pronto.
decidlo ya, de qué?

JUEZ. Veinte años há que la justicia
a muerte vil os condenó. (A Angela.)

Este es el hombre, desgraciada,
que a vuestro padre asesinó.

BEL. ¡Yo!

TODOS. ¡Oh!

BEL. ¡Ah! Qué impostura tan infame.
Yo mi inocencia probaré.

(Acercándose.)

ANG. Por Dios. Decidnos vuestro
[nombre

BEL. Claudio Beltrán.

ANG. (Separándose de Beltrán.) ¡Jesús!

CORO. (Retirándose algo.) ¡Es él!

Es él. Es él

BEL. ¿Por qué mi nombre, siempre
[honrado
rechazan todos hoy así?

(A Angela y Roberto.)

ANG. Soy inocente, yo os lo juro.
(No os acerquéis, no os acerquéis a mí.)

BEL. Ellos también, oh, santo cielo.
¿Es sueño todo lo que os?

CORO. (Creyó su crimen ignorado,
tal vez por eso ha vuelto aquí.)

BEL. Tú, Señor, que la inocencia
ves brillar desde la altura,
sabes bien que en tu presencia
puedo alzar mi frente pura.
De mi nombre envilecido
salva el honor,
y haz que vea confundido
al infame acusador.

Víctima fui

de un impostor,

yo espero en ti

piedad, Señor.

SIM. (Tiemblo y dudo en su presencia,

y al mirar su desventura,

agitada la conciencia

implacable me turlura.

De mi pecho estremecido

huye el valor,

y aterrado y confundido

soy mi propio acusador.

Nunca sufrí

tanto dolor.

Piedad de mí

Piedad, Señor.)

ROB Y ANG. El temor de la evidencia
llena el pecho de amargura

Quiera Dios que su inocencia

vuelva a todos la ventura.

Ah, por qué, por qué has nacido,
[do,

sueño de amor,

para verte sumergido

en los mares del dolor.

Triste de mí

Cuánto rigor.

Yo espero en ti

piedad, Señor.

Juez, Mateo, Margarita, Coro general

Es extraña su imprudencia

de venir a la ventura

donde existe una sentencia

que la muerte le asegura.

Si del crimen cometido

es el autor,
no se explica que atreviéndose
se presente sin temor.

Yo nunca ví
tanto valor,
él es aquí
su delator.

BEL. (Al juez)
Vos sois de la justicia
representante aquí;
vos mismo mi inocencia
proclamareis al fin.
Si la justicia humana
hoy ciega torpe error,
tranquilo y resignado
confío en la de Dios.

SIM. ¡Que horrible es el tormento
porque pasando estoy.
¡Un medio de salvarme

inspírame, Señor!!

ANG Y ROB. (Al verle tan sereno
se ensancha el corazón.
Si acaso es inocente,
ampárale, señor.

JUEZ. (Al criminal impune
que así la ley burló,
severa la justicia
aplique su rigor.

Coro. Mateo y Angela
(Jamás el que villano
un crimen cometió,
rechaza tan altivo
la horrible acusación.)

(Beltrán se dirige hacia los gendarmes como entregándose a ellos. Roberto y Angela le contemplan formando grupo. Simón aterrado, se separa al ver pasar a Beltrán Cuadro.)

ACTO TERCERO

Sala corta de paso. A derecha, izquierda y foro, puertas

Coro de hombres y mujeres que salen por la derecha

MÚSICA

CORO. (Señalando a la izquierda.)

Esa es la puerta
del Tribunal:
por aquí el reo
debe pasar.
Hasta que llegue
no dejarán
que los curiosos
entren allá.
¡Pero, silencio,
que ahí viene ya!

(Dichos. Beltrán que, seguido de dos gendarmes, aparece en la puerta del foro y entra lentamente en el tribunal.)

CORO. ¡Qué triste el desdichado
y qué abatido está!
Dios haga que inocente
le juzgue el tribunal.
Qué triste vá
Qué triste vá.

HOM. Entremos a la Audiencia
que el juicio va a empezar.
y el fallo inapelable
muy pronto dictarán.
Vamos allá.

Vamos allá. (Entran los hom-
[bres.]

Muj. ¿Nosotras que hacemos?

OTRAS. Yo dado si entrar,
porque a mi estas cosas
me impresionan mal.
Y en entrando, tengo
la seguridad

de que por la noche
lo he de recordar.

En cuanto me acuesto
sueño con fantasmas,
unos que me roban,
otros que me matan.
Mi alcoba se llena
de negras lechuzas,
y vienen los duendes
y salen las brujas.
Y aquí me pellizcan,
y allá me atenanzan,
y—¡plum!—de repente
se vaeica la cama.

Y siento unas cosas,
—¡ay, Jesús qué horror!

que me pongo primero muy
y luego peor. [mala,

Por ver yo, curiosa
al guillotinado;
así viva un siglo
no podré olvidarlo.
Recuerdo su cara,
sus ojos recuerdo,
sus barbas, sus dientes,
su voz y sus gestos.
Y de haberle visto
tuve varias noches
una pesadilla
de las más atroces,
pues soñé que el reo,
—ay, que atrocidad—
me venia a tirar de las pier-
en la oscuridad. [unas

Mas si al fin y al cabo
nos lo han de contar,
casi, casi creo
preferible entrar.

Decidiéndose.)

¿Vamos allá?
Vamos allá.
Ay, que maldita
curiosidad.
Vamos allá. (Entran.)

HABLADO

Mateo, Roberto por la derecha

MAT.—Anda, entra conmigo, no seas cobarde.

ROB.—No, no puedo, déjame.

MAT.—Pues yo haré de tripas corazón, pero he de verle. Tal vez, al fin y al cabo los jueces encuentren hoy alguna prueba en favor suyo.

ROB.—Todos le acusan. Ese maldito cuchillo, que unido al proceso ha conservado, y que, según dice, dejó sin duda, olvidado en la hostería y ha recocido como suyo, es la prueba más convincente. Luego, las declaraciones del señor Simón y de los otros dos testigos únicos que viven después de tantos años, han confirmado la opinión de los jueces.

MAT.—Pero no la mía.

ROB.—Ni la mía tampoco.

MAT.—¿De modo, que tú piensas, como yo, que es inocente?

ROB.—¿Quién lo duda?

MAT.—Oye, Roberto, yo seré un pedazo de alcornoque, pero tengo un corazón que no me engaña. Y lo que yo digo: si ese hombre fué quien mató al adre de Angela y huyó, y allá en las Indias con el dinero robado hizo fortuna, ¿para qué necesitaba volver aquí, donde debía comprender que pesaba sobre él una sentencia?

ROB.—Lo mismo pienso yo.

MAT.—Y si después de tanto tiempo ausente le dió la mala idea de volver a su tierra, puesto que ninguno lo ha reconocido, pudo muy bien llamarse de otro modo, y nadie habría sospechado que este caballero millonario era aquel mozo miserable.

ROB.—Claro que sí.

MAT.—Por todo lo cual, digo y repito que mientras él siga sosteniendo, como lo hace, que es inocente y que no tenía ni noticias del crimen, yo le creeré tan honrado y tan bueno como el que más.

ROB.—Es imposible que sea delincuente. La seguridad de sus contestaciones en el interrogatorio, aquel acento de verdad que tienen todas sus palabras, lo sereno de su mirada, revelan una conciencia tranquila.

MAT.—Estamos conformes.

ROB.—Y esa es la opinión de todos. Sólo vacilan ante las pruebas del antiguo proceso y la convicción de que en el pueblo había de que Claudio Beltrán era el asesino del padre de Angela. Yo a veces he pensado: ¿Será un sentimiento egoísta, el que me hace juzgar a ese hombre inocente? ¿Cerraré los ojos ante la evidencia por los favores que le debo y porque de él solo depende mi fortuna?

MAT.—¡No! También se me ha ocurrido eso, pero inmediatamente he pensado esto otro—: Desde el instante en que fué preso, la justicia, como de costumbre, se apoderó de cuanto él tenía, y aquello que la justicia agarra, tarde o nunca lo suelta; de modo que hoy por hoy, ese infeliz es más miserable que cualquiera de nosotros. Y sin embargo de esto, y de no esperar recompensa alguna, si hoy, como se dice, le condenan a muerte, yo estoy decidido a salvarle.

ROB.—¿Tú? ¿Qué dices?

MAT.—Y si me ayudas, aún confío más en lograrlo.

ROB.—¿Pero cómo? ¿Cuál es tu proyecto?

MAT.—Escucha. Ya sabes que el día de la boda, es decir, el día en que debió ser la boda, me despedí del señor Simón diciéndoles cuatro cositas muy bien dichas. ¡Como que no pensaba volver!—Pero no fué así. En vista de

lo ocurrido, y viéndome sin colocación, hablé con Margarita, y esta con el amo, y me pintó tan arrepentido de haberle dicho aquellas claridades, que el señor Simón haciendo algo bueno por primera vez en su vida, me admitió de nuevo en la casa y continuó sirviendo en ella.

ROB.—Bien; ya lo sé; sigue.

MAT.—Al volver acariciaba la idea de salvar a ese hombre.

ROB.—¿De qué manera?

MAT.—Verás. El cuarto que le sirve de prisión, y que es el mismo en que estubo el otro reo, tiene dos puertas. Una da al pasadizo alto y la custodian dos gendarmes; otra comunica con la alcoba del señor Simón, y allí no hay guardia. Un fuerte cerrojo la asegura, y el amo viene a ser por aquel lado, como quien dice, el único carcelero.

ROB.—Ya.

MAT.—Enciérrese para dormir; costumbre de gente mala; pero probando yo en la cerradura de la alcoba todas las llaves de la casa, he hallado una con la cual se abre fácilmente. Y aquí está. (Sacándola.)

ROB.—Bien, pero eso no basta.

MAT.—Déjame concluir. Hoy está el cielo encapotado y sopla fuerte el viento de tierra, señales casi seguras de que a la noche se repetirá la tempestad de estos días pasados.

ROB.—¿Y eso qué?

MAT.—Ya sabes que el viejo al primer relámpago que ve, se acuesta lleno de terror. Yo entonces aprovechando su sueño en caso contrario, penetraré en la alcoba, recorreré el cerrojo de la otra puerta, que ya he tenido la precaución de untar con aceite y sacaré al preso, que puede saltar a la playa por una ventana cualquiera.

ROB.—Bueno; ¿y después?

MAT.—Esperas con tu barca amarrada a la orilla y le llevas hasta el bergantín.

ROB.—¿Y allí?

MAT.—La tripulación es toda suya. Por interés o por gratitud le juzga inocente como nosotros. El barco es velero, según dicen, y como el viento debe serles favorable para alejarse de la costa, podrán estar ya cerca de Inglaterra cuando se descubra que el pájaro ha volado.

ROB.—Arriesgada es la empresa, pero no importa; estoy pronto a ayudarte.

MAT.—Lo mejor será que los jueces le absuelvan y nuestro proyecto se quede en proyecto.

ROB.—No lo espero, desgraciadamente.

MAT.—Quien sabe. Yo adentro voy.

ROB.—Aquí te aguardo con el alma llena de inquietudes.

MAT.—Si condenan a este hombre, digo que no hay justicia en la tierra! (Entra por la izquierda.)

Roberto, luego Angela

ROB.—En vano procuro arrancar de mi pecho toda esperanza. Parece que el alma, ansiosa de realizar lo que he soñado, se complace en darme aliento con ilusiones que acaso dentro de un instante se desvanecerán para siempre. Oh, Angela ¿Tú aquí?

ANG.—La impaciencia me trae. ¿Sabes algo? ¿Qué dice la gente? ¿Se espera que sea absuelto?

ROB.—Todos temen que el tribunal en vista de las pruebas, confirme la sentencia anterior.

ANG.—Oh, sería horrible. Su muerte no dispararía mis dudas.

ROB.—¿Pues tú lo supones culpado?

ANG.—¿Yo? No lo sé. Estoy loca. A veces creo que la sombra querida de mi padre se me aparece airada porque no aborrezco bastante al asesino. A veces, pienso que ese desdichado es víctima de una acusación in-

fame, de un error inconcebible; que es inocente y que mi padre desde el cielo me dice ámale, hija mía; hazle tú la justicia que los hombres le niegan.

ROB.—¡Terrible lucha!

ANG.—Si alguna prueba inesperada pusiera hoy en claro su inocencia y el tribunal le absolviese...

ROB.—Su libertad sería nuestra dicha, nuestra fortuna.

ANG.—Por eso no la espero. Soy muy desgraciada.

ROB.—Angela, tengamos confianza en Dios, que no ha de abandonarnos. (Quien sabe si muy pronto oiremos partir de allí, (Señalando a la puerta del tribunal.) el grito de alegría que lancen los que asisten al juicio al escuchar la absolución del acusado.

ANG.—Cuánto sería mi gozo al verle libre. Qué tranquila se quedaría el alma.

ROB.—Nuestra felicidad renacería para no desvanecerse nunca.

ANG.—Todos nuestros sueños de amor podrían realizarse!... (Rumor dentro.)

ROB.—¿Qué es eso? ¿No has oído? La gente habla en voz alta. Acaso se hayan retirado los jueces para pronunciar luego su fallo.

ANG.—¿Por qué no entras? Yo no tengo valor.

ROB.—Sí, haré un esfuerzo! todo es preferible a la duda. Espérame.

ANG.—Dios haga que sea portador de la buena nueva.

ROB.—¡Ay, Dios lo haga! (Entra.)

Angela, sola

MÚSICA

Con él mi esperanza va;
temblando lo espero aquí
sabe Dios si volverá,
triste de mí.

Inquieta el alma mía
y llena de amargura
las horas de ventura
recuerda su aflicción;
ayer todo alegría;
hoy luto, llanto y duelo;
qué horrible desconsuelo
anubla el corazón.

Mis esperanzas seductoras

ayer risueña concebí;
horas de paz, benditas horas
¡cuán breves fueron para mí!
Llorando el bien perdido
y en sombras inundadas
el alma perturbada
por loca agitación,
anhela del olvido
la fuente hallar tranquila,
mas ya su fe vacila
y pierde la razón.
Dardo cruel, punzante duda
el pecho hiere sin piedad;
céleste luz, ven en mi ayuda.
Brilla, por fin, santa verdad.

Dicha, Roberto, Luego Mateo

HABLADO

ROB.—¡Angela! (Con profundo desaliento.)

ANG.—¡Roberto!—¡Ah! No me lo digas. No me lo digas!
¡Desventurada de mí! (Cayendo en sus brazos.)

ROB.—Ya no hay esperanza.

MAT.—(Acercándose por detrás sin ser visto de Angela y en voz muy baja.) Sí. Hasta luego.—(Poco he de poder o yo le salvo.) (Vase por la derecha.)

Angela, Roberto, después Beltrán con dos gendarmes, que quedan a la puerta.

MÚSICA

ROB. Valor, Angela mía

ANG. El ánimo perdí.

ROB. Ya sale.

(Al ver a Beltrán, Angela y Roberto salen.)

BEL. (Al verlos.) Deteneos.

No huyáis de mí,

(Los dos se detienen.)

por caridad, al menos;

tenedme compasión,

y oid de un desdichado

ANG. (¿Por qué al oír su acento
mi débil corazón

aún siente por ese hombre
afecto y compasión?)

ROB. (Al escuchar su acento,
leal mi corazón

de su inocencia adquiera
profunda convicción.)

BEL. Al borde del sepulcro
ni el más villano miente

yó moriré mañana,
mas moriré inocente.
¡Que por perjuro sufra
las penas del infierno,
que mi alma se condene
al padecer eterno,
y que al tocar mi vida
su término fatal,
de Dios maldito sea,
si he sido criminal!

ANG. Y ROB. ¡Callad, callad!
¡Su voz tiene el acento
de la verdad.

(Acercándose a él.)

BEL. El juicio de los hombres
me declaró culpado;
yo acato su sentencia
sumiso y resignado;
que al ser por, suerte mía,
creyente verdadero,
de un juez que siempre es justo
la absolucion espero.
Y si el tremendo fallo
mi nombre deshonoró...
¡júzguenme infame todos,
pero vosotros, no! (Llorando.)

ROB. Y ANG. ¡Nosotros, no! (Acercán-
dose a él decididos.)

¡La negra duda impía
del alma huyó!

BEL. ¿Vosotros no?
¡Al cabo el alma mía
consuelo halló!

¡Morir puedo ya! Mi adiós pos-
[trimerio

tranquilo os dare partiendo de
[aquí
¡Morir puedo ya! ¡Que al fin
[cuando muero
vosotros quedáis llorando por
[mí!

ANG. Y ROB. ¡No quiero dudar! Su la-
[bio sincero
al pecho volvió la fe que perdí.
¿Por qué, Santo Dios, hoy, tú
[justiciero,

el fallo cruel permites así?

(BEL. ¡Fuerza es separarnos!
¡Con cuánto dolor
os doy, hijos míos,
el último adiós!

(ANG. ¡Cruel despedida!
¡Qué horrible dolor!
¡Oh! ¡Cuánto acongoja
el último adiós!

ROB. ¡Mi vida en peligro
pondré sin temor,
porque este no sea
el último adiós!

ANG. ¡Adiós! ¡Adiós!
BEL. ¡Estrechen mis brazos
de nuevo a los dos!

(Con acento profundamente dramático.)

¡Adiós, hijos míos!
¡Para siempre adiós!

ROB. Y ANG. ¡Adiós! ¡Adiós!
(Vase por la puerta del foro. Los gendar-
mes, que han estado durante la escena a la
puerta del tribunal, salen tras él. Roberto
y Angela vanse por la derecha llorando.)

MUTACIÓN

Alcoba con puertas a derecha e izquierda. Esta con un gran cerrojo. A la izquierda una ventana. En el ángulo de la derecha una cama antigua de roble tallado, con grandes colgaduras de lana que la cierran por completo. Junto a la cama una mesita con una lamparilla encendida. Muebles antiguos. Un sillón cerca del techo. Cesa la música en el momento de entrar por la derecha Simón, que cierra la puerta con llave.

SIM.—¡Ya estoy sólo! Ya puedo respirar libremente, ¡Qué día tan largo! Se sienta.) Temiendo siempre inspirar sospechas, aparentando tranquilidad ante los jueces, cuando el corazón se me saltaba del pecho y las piernas apertas podían sostenerme y el cuerpo quería temblar... y no bastaba mi voluntad írmisima para sujetarlo. ¡Ah! ¡Qué espantoso día! (Se levanta.) Por fin todo ya concluido... Sí, pero, ¿cómo? ¡Con un nuevo crimen! Dejando que la ley, esta vez ciega, condene a ese desgraciado... ¿Por qué ha vuelto antes de morir yo? Corta puede ser ya mi vida; por esa, tal vez, temo tanto el perderla... Si él hubiera regresado algunos años más tarde, cuando yo hubiese muerto, habría aparecido inocente a los ojos de todos, y con la declaración que escribí en descargo de mi conciencia, vería reivindicado su nombre aun a costa de la infamia del mío. ¡Hoy no es posible! La fatalidad le trajo antes para su desdicha. ¡Dios... no; el infierno lo ha querido!... Y la suerte, por un horrible sarcasmo, me hace su carcelero. ¡A mí! Yo podría abrir esa puerta y decirle: ¡Huye! Pero, ¿y mañana? (Separándose de allí.) Envuelto en un proceso. La justicia tenía sobre mí su mirada escudriñadora, y acaso pudiera ver lo que

milagrosamente se ha ocultado a sus ojos. No, no puede ser. Yo querría salirle; pero, ¿cómo? Arde mi cabeza. (Se dirige a la ventana y la abre.) ¡Ah! ¡Cuánto me consuela el viento fresco de la noche! ¡Siento en el pecho una angustia tan honda! ¿Que es esto que pesa sobre mi corazón? Parece que en todo ese inmenso espacio no hay aire bastante para que yo respire. (Brilla un relámpago.) ¡Jesús me valga! (Retirándose de la ventana.) ¡La tempestad! ¡Dios misericordioso, haced que se aleje, que no llegue el trueno a mis oídos! (Otro relámpago y trueno.) ¡Ah! (Se acerca y cierra violentamente la ventana.) Con la tormenta vienen a mi memoria los recuerdos de aquella noche horrible. Veinte años han pasado y parece que ha sido ayer. Diviso entre sombras la playa, adonde llegan mugiendo las olas encrespadas del mar, oigo el estampido de los truenos, y a la luz del relámpago veo a aquel hombre envuelto en su capote, resguardando a la criatura... llegar junto a la roca... y allí... (Se oye un trueno más cercano.) ¡Oh! Si; fué horrible el crimen; pero el castigo es muy grande... Todo el fragor de la tormenta retumba en mi cerebro, y me aturde y me enloquece. (Va con paso vacilante hacia la cama, en la cual se apoya.) ¡Perdón, Dios mío! (Cae de rodillas tapándose los oídos con ambas manos.) ¡Apaca tu cólera un momento, ten piedad de mí! (Se oye un trueno muy cercano. Simón, aterrado, abre las cortinas de la cama y se deja caer sobre ella.

MÚSICA

Se desencadena la tempestad. A poco, la pared del fondo de la alcoba desaparece, viéndose a través de una niebla misteriosa la playa erizada de rocas y el mar alborotado, sobre cuyas aguas se agita un barco con las velas recogidas. A la luz de los relámpagos, única que alumbra casi constantemente la escena de la aparición, se ve salir por la izquierda a Simón, que se oculta tras una roca de la derecha. Después el padre de Angela, cubierto por un largo capote, lleva de la mano una niña como de dos años de edad. Al aproximarse a la roca, detrás de la cual espera Simón, toma en brazos a la niña, dejando para esto en el suelo el maletín, que recoge después; resguarda bajo la capa a la niña y entra por la derecha. Simón sale de su escondrijo inmediatamente y le asesta el golpe a la vista del público. El hombre cae dentro dando un grito. Trueno espantoso, todo lo grande que pueda hacerse. Antes que acabe, se ve pasar corriendo a Simón, que lleva el maletín y mira aterrado hacia atrás. La pared vuelve a cerrarse, y cesa la música. Simón, en la cama, Mateo, que abre la puerta de la derecha y entra con el mayor sigilo. (HABLADO)

MAT.—¡Dios me ayude! (Se santigua.) ¡Si tuviera cascabeles en las pantorrillas, valiente música se armaba! El señor Simón está dormido, sin duda, pero bueno será cerciorarse... (Se acerca a la cama y escucha.) ¡Como un tronco! (Levanta la cortina y se ve a Simón, que da la espalda a la escena.) Cuando despiertes mañana, buen chasco te vas a llevar, viejo marrullero. (Simón se vuelve de pronto de cara al público.) ¡Huy! (Ocúltase detrás de la cortina, envolviéndose en ella rápidamente.) ¡Qué susto me ha dado!

SIM.—¡Ay de mí!

MAT.—Se conoce que sueña. Mejor. Eso prueba que duerme profundamente. Aprovecharé el tiempo. (Deja caer la cortina que cierra la colgadura casi por completo.) ¡Cómo se va a quedar el preso cuando me vea! Ahora sólo falta que rechine el cerrojo. (Destorriéndolo.) Así, poquito a poquito. Mateo, no lo echés a perder. No. El unto hizo su efecto. Ya está. (Respirando con mucha fuerza.) Ahora abriré con precaución. (Abre la puerta.) ¡Ah! (Poniéndose un dedo sobre la boca.) ¡Chis! ¡Chis! (Hace señas a Beltrán para que salga.)

Dichos y Beltrán.

BEL.—¿Qué es esto?

MAT.—¡Silencio! Venid acá y empujad esa puerta, no vayan a oírnos los gendarmes que guardan la otra.

BEL.—Pero ¿a qué vienes?

MAT.—Hablad más bajo, que el señor Simón está durmiendo allí

BEL.—¿Y cómo has podido?...

MAT.—¡Ingeniándome! No soy tan torpe como parezco.

BEL.—¿Y qué quieres de mí?

MAT.—¡Salvaros!

BEL.—¿Qué dices?

MAT.—Sé que sois inocente...

BEL.—¡Oh, gracias! ¡Aun queda en el mundo quien me hace justicia!

MAT.—¡Chist! Y he preparado vuestra fuga.

BEL.—¿Cómo?

MAT.—Todq está dispuesto. Roberto aguarda en esa orilla con su barca para llevaros hasta el bergantín. La tripulación esta pronta a levar anclas en cuanto lleguéis.

BEL.—¡Imposible!

MAT.—¿Qué decis?

BEL.—Yo os lo agradezco, pero no puedo aceptarlo.

MAT.—¿Por qué?

BEL.—¡El que es inocente no huye!

MAT.—¡No huye, pero le ahorcan!

BEL.—Es inútil que insistas. O salir de aquí a la luz del día, con la frente muy alta, volviendo a llevar mi nombre sin mancilla, o esperar solo en Dios y morir resignado.

MAT.—Eso es una locura.

BEL.—Además, heyendo por aquí, sería responsable el señor Simón, y la justicia le pediría cuenta de mi fuga.

MAT.—Pues podéis estarle agradecido. En sus declaraciones maldito si se ha cuidado de favoreceros.

BEL.—El, diciendo la verdad, ha obrado conforme a su conciencia, y no me quejo, yo sigo los impulsos de la mía.

MAT.—Pero pensad que mañana...

BEL.—Mañana dejaré de sufrir.

MAT.—Venid conmigo. Aquí os aguardan la deshonra y la muerte; allí la libertad y la vida. De rodillas os lo suplico.

BEL.—Levanta y déjame. Yo te agradezco con toda mi alma este último esfuerzo... pero... no... no debo aceptar.

MAT.—Pensadlo bien, luego será ya tarde.

BEL.—Vete y recibe este abrazo en prueba de eterna gratitud y de entrañable cariño. (Abrazándolo.)

MAT.—¡Demonio con el hombre! (Sollozando.) Vamos, decidíos. Es cuestión de un momento. Salimos de aquí, saltáis por la ventana.

BEL.—No. Adiós.

MAT.—(Si Roberto lograrse convencerle.)

BEL.—Hasta mañana. Dí a Roberto y a Angela que vuelvan por aquí. Necesito oír otra vez de sus labios que no me juzgan delincuente.

MAT.—Bueno; ya que os empeñáis... quedad con Dios.

BEL.—Adiós, mi buen amigo.

MAT.—Sí que lo soy; eso podéis asegurarlo.

BEL.—Y... cierra bien esta puerta. El corazón es cobarde, podría ocurrir-seme la idea vergonzosa de-escapar... (Entra.)

Mateo. Simón dormido.

MAT.—Este hombre es un santo. (Cierra la puerta.) No echo el cerrojo. A ver si le da esa idea que él llama vergonzosa. Y ahora buscaré a Roberto. Quizás consiga él...

SIM.—¡Favor! ¡Socorro!

MAT.—¿Eh? ¡Caracoles! Se conoce que sueña a voces. (Acércase a la cama y levanta los cortinajes viendo a Simón.) ¡Cómo tiembra! Le castañetean los dientes. Por lo visto tiene una pedadilla. Si se le ocurriera despertar...

SIM.—¡El acusado! ¡Yo!

MAT.—¿Qué dice?

SIM.—¿Quien se atreve a acusarme? ¿Dónde están las pruebas? No existe

ninguna. ¿Que vaya al tribunal? ¿Para qué? Ya he declarado como testigo. Ya han condenado al otro... Al otro. ¡Ja, ja, ja, ja! La justicia. Buena está la justicia.

MAT.—Demonio. Yo he de oír todo lo que diga.

SIM.—¡Ja, ja, ja! (Gritando alterado.) Los gendarmes. Dejadme. No quiero ir. No quiero ir. (Mateo se sienta en la cama y aplica el oído.)

MÚSICA EN LA ORQUESTA

Desaparece, como antes, la pared del fondo y se ve el Tribunal a la izquierda. En el centro un banquillo. A la derecha, detrás de la barra, pueblo que asiste al juicio. El Juez y otros dos con pelucones blancos y togas negras. El escudo de armas del primer imperio francés en la pared. Al verificarse la aparición todas las figuras del cuadro están inmóviles. El Juez agita la campanilla, que no suena. Presentase un Ugier por la puerta del foro.

JUEZ.—(Indica ordenar que se presente el acusado. El Ugier levanta la cortina y aparece la contrafigura de Simón entre dos gendarmes. El Juez le manda sentarse en el banquillo.)

SIM.—¿Que me sienta yo ahí? ¿En el banquillo del acusado? ¿Por qué? Yo soy inocente, yo no he hecho nunca mal a nadie. (La contrafigura de Simón figura, durante todo el cuadro, decir lo que pronuncia Simón en la cama, lo más simultáneamente posible.)

JUEZ.—(Indica a los gendarmes que obliguen a sentarse a Simón. Ellos lo hacen.)

MAT.—¿Tendrá una pesadilla, o será cierto lo que he sospechado siempre de que este viejo es un tunante? (Escucha con mayor ansiedad.)

JUEZ.—(Figura dirigir a Simón duras acusaciones mientras habla Mateo.)

SIM.—Yo no he escrito ese documento. Mentira. Mentira. ¿Por qué había de declarar bajo mi firma que Claudio Beltrán era inocente y que yo había asesinado al padre de Angela?

MAT.—¡Dios mío! ¿Que está diciendo este hombre?

JUEZ.—(Levantándose señala a la contrafigura con ademán enérgico.)

SIM.—¿Que guardo esa declaración en el pecho? No es verdad.

JUEZ.—(Manda a los gendarmes que sujeten a Simón y le saquen del pecho el documento. Ellos obedecen.)

SIM.—Dejadme. (Llevándose las manos al pecho y casi incorporándose en la cama.)

MAT.—¿Será cierto todo lo que dice?

SIM.—(Resistiéndose.) Ni los gendarmes ni nadie me lo arrancarán.

MAT.—Y forcejea. Pues yo he de ver si es realidad o pesadilla. (Procurando desabrocharle el chaleco al mismo tiempo que los gendarmes a la contrafigura.) Cómo se resiste el condenado. ¡Oh, sí, sí! Aquí hay un pliego. (Sacándolo.) Aquí está. [A esta frase, el gendarme, que ha sacado el pliego del pecho de la contrafigura, lo entrega al Juez. Desaparece la visión, cerrándose de nuevo la pared rápidamente.] ¿Qué será esto? Corro en busca del Juez. (Sale por la derecha y cierra por fuera la puerta.)

Simón, despierta despavorido y salta del lecho.

SIM.—¡Oh, qué terrible sueño! ¡Sí, sueño ha sido! Estoy solo. ¡Ah! (Reparando de pronto en el desorden de su ropa.) ¡Me lo han robado! ¡Me lo han robado! (Con acento de horrible desesperación.) ¿Quién ha podido entrar aquí? ¿Dónde está el pliego? ¿Dónde? ¿Quién ha sido? (Va hacia la cama y luego a la puerta derecha.) ¡Cerrada está! ¿Por dónde han entrado?... ¡Ah!... (Yendo a la de la izquierda.) ¡El ha sido, él! Pero, ¿cómo? ¡Pierdo la razón! ¿Quién ha abierto ahí? ¡Oh! ¡S, aún es tiempo yo lo recobraré! (Saca de la mesilla un puñal, y armado con él abre la prisión.) ¡Salid, miserable!

BEL.—(Entrando.) ¿Qué es esto?

SIM.—(Cogiéndole de un brazo y amenazándole.) ¡Dame ese pliego o mueres!

BEL.—¡Estais loco! ¿De qué me habláis? (Sujetándole con violencia.)

SIM.—¿No has sido tú? ¡No has sido tú! (Aterrado.)

BEL.—¡Serenaos! ¿Qué os pasa?

Dichos, Mateo y Juez.

MAT.—¡Adelante, señor Juez! ¡Adelante! (Abriendo la puerta.)

SIM.—¡Oh! (Dejando caer el arma.)

MAT.—¡Ahí tenéis a esa buena alhaja!

JUEZ.—¡Daos preso, miserable!

BEL.—¿Qué dice?

SIM.—¡Piedad de mí! ¡Perdón! (Cayendo de rodillas.)

BEL.—Pero, qué es esto?

JUEZ.—¡Ah! ¿Vos aquí?

MAT.—He abierto yo la puerta; si merezco castigo, que me lo impongan inmediatamente. (Arrodillándose de manera que haga cómico contraste con la figura de Simón.)

JUEZ.—¡No! (A Beltrán.) ¡Venid a mis brazos! ¡Mañana el tribunal proclamará vuestra inocencia! Y en cuanto a vos... (A Simón.)

SIM.—¡Piedad, piedad de mí! (Arrastrándose de rodillas.)

JUEZ.—Basta, desdichado. (Haciéndole levantar.) ¡La justicia humana puede equivocarse, pero nunca yerra la de Dios! (Empujándole hacia la prisión.) Esperad ahí vuestro castigo.

SIM.—¡Misericordia de mí! ¡Misericordia! (Entra.)

JUEZ.—(A Mateo.) ¡Cerrad la puerta!

MAT.—Ya lo creo. Ahora sí que echo con gusto el cerrojo! (Haciéndolo sonar.)

Dichos, Roberto y Angela por la izquierda.

BEL. ¡Roberto! ¡Angela! (Al verlos.)

ANG. ¡Perdón!

¡Perdón por haber dudado!

BEL. ¡Hijos de mi corazón!

(Abrazándolos.)

Logró al fin mi nombre honrado
la justa reparación.

JUEZ. ¡Sí, la tendrá!

MAT. (Que ha abierto la ventana, iluminándose la escena con la luz de la aurora.)

¡Ya es de día!

ROB. El sol que alumbra debió
vuestra espantosa agonía,
vertiendo luz y alegría
por vuestra dicha brilló.

ANG. ¡Bendita su claridad!

BEL. ¡Ya en la inmensidad del alma,
como en esa inmensidad,
a reinar vuelve la calma
después de LA TEMPESTAD.

FIN DE LA OBRA

VENTAJAS QUE PROPORCIONA EL CALZADO

!! E U R E K A !!

Buen humor, por la comodidad.
Economía, por la duración.
Elegancia, por la novedad.

Nicolás María Rivero, núm. 11.—MADRID

DEPURADOR HIGIENICO Y RAPIDO

“ ARSO, ”

CARDENAL CISNEROS, 28.--- MADRID

LA NOVELA CORTA

después de haber puesto a las clases populares en contacto con nuestros prosistas más conocidos, para complementar su apostolado de divulgación literaria, va a rendir un tributo a la

MEMORIA

de los más ilustres novelistas españoles del siglo XIX, publicando de cada una de ellos **una sola obra** en el siguiente orden, teniendo presente las escuelas:

NOVELA ROMANTICA

Larra.—Espronceda.—Patricio de la Escosura.—Martínez de la Rosa.—Enrique Gil.—Fernández y González.—Ortega y Frias.—Hartzenbusch.—Gertrudis G. Avellaneda.—Pastor Díaz.—Aiguals de Izco.—Navarrete.—Pérez Escrich.—Pilar Sinués.

NOVELA HISTORICA

F. Patxot.—Cánovas.—Viceto.—Balaguer.—Navarro Villoslada.—Amós de Escalante.—Castelar.

NOVELA NATURALISTA

Fernán Caballero.—Miguel de los Santos Alvarez.—El Solitario.—Mesonero Romanos.—Pereda.—Valera.—Clarín.—Selgas.—Alarcón.—Arturo Reyes. También rendiremos un homenaje a la memoria de nuestros grandes escritores y poetas.

POETAS

Zorrilla.—Trueba.—Becquer.—Carolina Coronado.

ESCRITORES

Ganivet.—Silverio Lanza.—Taboada.—Eusebio Blasco.—Alejandro Sawa.

Para hacer más eficaz nuestra obra cultural, estas grandes novelas extractadas irán precedidas de semblanzas literarias escritas expresamente para esta revista por la Condesa de Pardo Bazán, Rodríguez Marín, Azorín, Manuel Bueno y Cristóbal de Castro.

Estos números HOMENAJE serán extraordinarios y se publicarán alternados con los números corrientes de nuestros actuales colaboradores.

**Larga
duración**



**Consumo
económico**

**Luz blanca
y agradable**



-GALIERNO-

**CONCESIONARIO
LEON ORNSTEIN**

**MARIANA PINEDA 5.
MADRID**

Oficinas y Talleres de **PRENSA POPULAR** propietaria de La Novela Corta, La Novela Teatral y Frisé.
Antonio Paimino, núm. 1, y Calve Asensio, núm. 3.---MADRID.